

NACIONES UNIDAS

CONSEJO  
ECONOMICO  
Y SOCIAL



LIMITADO

UNESCO/ED/CEDES/21-A  
ST/ECLA/CONF.19/L.21-A  
PAU/SEC/21-A  
23 de febrero de 1962

ORIGINAL: ESPAÑOL

CONFERENCIA SOBRE EDUCACION Y DESARROLLO  
ECONOMICO Y SOCIAL EN AMERICA LATINA

Patrocinada por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, la Comisión Económica para América Latina, la Dirección de Asuntos Sociales de las Naciones Unidas y la Organización de los Estados Americanos, con la participación de la Organización Internacional del Trabajo y de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación

Santiago de Chile, 5 a 19 de marzo de 1962

LA UNIVERSIDAD LATINOAMERICANA  
por Roberto Munizaga Aguirre

INDICE

	<u>Página</u>
I. <u>Introducción</u> . . . . .	1
1. Actitud para iniciar el estudio de la universidad latinoamericana . . . . .	1
2. Sobre una posible "concepción negativa" del desarrollo universitario latinoamericano . . . . .	2
3. El tipo de la universidad latinoamericana . . . . .	4
a) Algunos de sus rasgos. . . . .	4
b) Universidad colonial y universidad medieval. . . . .	6
c) La reforma universitaria . . . . .	7
d) Universidad y nación . . . . .	10
e) Aspectos que deben estudiarse. . . . .	11
II. <u>Idea de la universidad</u> . . . . .	12
1. Lugar de la universidad en el sistema general de la enseñanza . . . . .	12
2. Sobre la esencia de la universidad y sus realizaciones latinoamericanas. . . . .	13
a) La función de enseñanza . . . . .	14
b) La función de preparación profesional . . . . .	16
c) La función de investigación científica . . . . .	19
d) La función cultural. . . . .	24
e) La función de extensión universitaria . . . . .	27
3. Sobre la confusión entre los fines y los medios: el significado de la autonomía universitaria. . . . .	31
4. Tipos de universidades latinoamericanas . . . . .	35
III. <u>Las estructuras técnico-administrativas.</u> . . . . .	37
1. Las estructuras fundamentales . . . . .	37
2. Los planes y programas. . . . .	39
3. Las formas de trabajo . . . . .	41
IV. <u>Los elementos humanos sobre los cuales descansa la universidad</u> . . . . .	43
1. Los alumnos . . . . .	43
a) Sobre el alumno latinoamericano. . . . .	43
b) Alumno y universidad . . . . .	44
c) Sobre el gobierno universitario . . . . .	46
d) El estudiante y la asociación . . . . .	49
e) Selección y plétora. . . . .	49
f) Sobre algunas reivindicaciones estudiantiles . . . . .	52
2. Los profesores . . . . .	52
3. Las autoridades . . . . .	57
V. <u>Conclusiones</u> . . . . .	61

## I. INTRODUCCION

### 1. Actitud para iniciar el estudio de la universidad latinoamericana

Un examen de la compleja realidad universitaria de Latinoamérica requiere que el estudioso cultive dentro de sí mismo una doble y contradictoria actitud de imparcialidad y simpatía. Junto con reconocer que, de acuerdo a las implicaciones educacionales de una regla sociológica clásica, las universidades latinoamericanas deben ser tratadas como cosas, y, por lo tanto, su investigador desprenderse ante ellas de pre-conceptos y prejuicios foráneos sobre el modo como tales instituciones se producen en los países de Europa o en los Estados Unidos, es indispensable mantener una actitud de comprensión a fin de que las inevitables observaciones negativas, - los juicios lapidarios y, a veces, simplistas -- no contribuyan a desalentar, creando mayores sentimientos de inferioridad, a organismos que se hallan en un difícil proceso de formación y crecimiento.

Una buena expresión de esa actitud podría ser la máxima de Spinoza: Non ridere, non lugere neque detestari sed intelligere (No reír, no llorar ni detestar, sino comprender).

En efecto, de lo que se trata fundamentalmente, es de comprender. Y lo primero que el observador debería esforzarse en comprender es que existe un tipo de universidad latinoamericana, inseparable de su contexto social y cultural, el que aspira a perseverar en su esencia con el mismo derecho que el tipo francés, el norteamericano o el ruso, los que tampoco son inteligibles fuera de sus ámbitos culturales respectivos. Pero es frecuente que el extraño se obstine en juzgarlos utilizando patrones absolutos de vida universitaria, unos los de París, otros los de Heidelberg o Columbia, lo que puede conducir a negar la existencia de una verdadera universidad entre nosotros, o, en todo caso, dolerse de su confusa idea, las complicadas o elementales estructuras técnico-administrativas, las deficientes formas de trabajo, etc.

/Sin embargo,

Sin embargo, París o Bolonia dejaron hace tiempo en Europa de ser la medida absoluta de todas las cosas universitarias. Sus viejos patrones universitarios desaparecieron junto con la uniformidad misma del mundo cristiano. Junto con la nación, que afirma su personalidad a expensas de la unidad antigua, también la universidad se va a ir diversificando y coloreando de acuerdo con esas nuevas peculiaridades nacionales y al promediar el siglo XIX persistirán por fin como tipos universitarios dominantes el francés, el inglés y el alemán.

Durante la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del XX, en un nuevo horizonte geográfico y un diferente paisaje humano, ante una moderna civilización industrial, la universidad norteamericana, de cepa inglesa, injerto francés y rica savia alemana, va constituyendo una estructura compleja en que los diversos órganos y tradiciones europeos se han configurado en forma nueva para adaptarse a un mundo inédito y expresar sus necesidades originales.

Creemos que, de igual manera, es legítimo y es útil hablar de un tipo de universidad latinoamericana.

De confusas raíces europeas, inmovilizada en la tradición agrícola o sometida a un permanente proceso de reforma, buscando su autenticidad, defendiendo su autonomía, ella es un buen ejemplo de estas sociedades en transición, que también vacilan, tantean y se desorientan. La universidad latinoamericana es, en gran parte, la universidad del mundo sub o semi-desarrollado y sus parentescos habría que buscarlos en algunas universidades de la Europa agrícola de comienzos de siglo, o en algunas de las actuales universidades del Asia.

## 2. Sobre una posible "concepción negativa" del desarrollo universitario latinoamericano

Es un lugar común entre los educadores, a partir de Rousseau, oponer dos puntos de vista sobre el significado de la infancia humana: por una parte, la concepción tradicional o negativa que hace de la inmadurez una carencia, un defecto o privación, porque no la considera en sí misma, en su propio valor y virtualidades absolutas, sino sólo comparativamente, con respecto al nivel de lo cumplido y estabilizado en el adulto, vale decir, una vida ya hecha, que se subraya como la medida invariable de todas las cosas.

/Por la

Por la otra, la concepción biológica, moderna o funcional de la infancia, que, estimándola en sí misma, y no relativamente a niveles superiores, ve en ella una capacidad de crecimiento, cuyos rasgos de aparente inferioridad traducen un poder y una fuerza de creación.

Tal vez fuera posible utilizar semejantes ideas como sugerencias para entender también el desarrollo de las instituciones de enseñanza, específicamente el caso singular de las universidades latinoamericanas.

El observador foráneo insinuaría a veces que apenas si puede hablarse de universidades en Latinoamérica, de tal manera es débil el nivel de sus trabajos, cuando se les compara con los correspondientes a instituciones de Europa o Norteamérica. (Es curioso anotar que a comienzos del siglo solía hacerse una observación parecida respecto a las universidades norteamericanas). Y como esta condición de inmadurez o rasgos de sub-desarrollo cultural no se consideran en sí mismos dentro de su propio contexto sino que se les estima comparativamente, según patrones universitarios absolutos, aparece como un defecto, una privación, un vacío que debe llenarse apresuradamente, mediante la importación de profesores, investigadores, laboratorios, bibliotecas, formas de trabajo, etc. vale decir, configurándose cuanto antes según el modelo de las viejas e ilustres universidades de Europa o Norteamérica.

De una manera parecida tiende a interpretarse, a veces, el subdesarrollo económico, simplemente como una privación o carencia, y a resolverlo mediante la importación pasiva de capitales, maquinarias y técnicos, sin tomar en cuenta las misteriosas resistencias del medio en que se expresa fuerzas de crecimiento o inercia que no han sido debidamente identificadas, tasadas y aprovechadas.

A esta concepción tradicional o negativa habría que oponer una moderna o funcional que interprete en forma positiva la condición y desenvolvimiento de las universidades latinoamericanas. Parfraseando a Rousseau repetiríamos: en primer lugar, estudiad las universidades latinoamericanas porque seguramente no las conocéis. En segundo lugar, destacaríamos que sus rasgos de inferioridad corresponden a los que son propios de un mundo sub o semi desarrollado y que no es sensato aislarles de contexto social. Observaríamos /también que

también que el proceso de transformarlas en auténticos focos creadores de cultura no puede confundirse con el de una simple acumulación o recepción pasiva de recursos materiales y humanos que se consiguen desde afuera, sino que debe subrayarse como una activa trasmisión y reconstrucción de la cultura, a partir de condiciones que se hallan dadas en la existencia de los mismos profesores y alumnos latinoamericanos, las que no pueden, de ninguna manera, ser desconocidas o menospreciadas. El crecimiento de las universidades debe verificarse orgánicamente desde el seno de las universidades mismas. Se trata de que nuestras propias universidades crezcan y se desenvuelvan, no de substituir una universidad atrasada por otra altamente desarrollada, ni tampoco una universidad que realmente existe por una de utopía.

Se ha dicho que los ingleses fundaron en el Asia universidades que esperaban ver pronto desarrollarse como modernos Oxfords. No fue sin embargo así. El aire de la India o de Birmania les insufló un espíritu peculiar. Algunos ven en las universidades latinoamericanas Sorbonas, Oxfords o Berkeleyys en pequeño que deberían adquirir cuanto antes la estatura y volumen de las adultas correspondientes. Semajante urgencia, determinada a veces por vanidades regionales o nacionales, equivale a promover un falso crecimiento en universidades que tienen su propio diseño, en correlación con las posibilidades y características de un mundo sub-desarrollado.

### 3. El tipo de la universidad latinoamericana

#### a) Algunos de sus rasgos

Existe, pues, un tipo de universidad latinoamericana en estrecha relación con un ambiente, una sociedad y una cultura.

¿Cuáles son sus rasgos? En el sistema general de la enseñanza los determina su ambiguo nexo con las especies educativas más próximas; en el plano universitario, el énfasis unilateral sobre ciertas funciones en desmedro de otras, la vacilación en cuanto a los medios adecuados para alcanzar sus fines, y, fundamentalmente, como corporación, el equilibrio inestable entre los diversos grupos humanos que la constituyen.

/Examinada desde

Examinada desde afuera, la vida en las universidades latinoamericanas se caracteriza por rasgos de inquietud e inestabilidad que no encontrarían su parangón en ninguna de las grandes instituciones similares de Europa o de los Estados Unidos: huelgas, prisiones de estudiantes, clausura de universidades, etc.

No es que el joven europeo haya dejado de rebelarse también en sus claustros para formular alguna clamorosa protesta. Pero lo que en Hispanoamérica sorprende es la cronicidad del hecho, su reconocimiento como fenómeno normal de la existencia universitaria. Incomprensible para el observador extraño, se trata de un hecho típico que sólo puede entenderse orgánicamente, en relación con otros de la vida económica, política, intelectual, etc., dentro de la fórmula que resume a una sociedad tradicional en su período de crisis.

No es siempre exacto definir el tipo de universidad latinoamericana como una persistencia de residuos coloniales. Es preciso, en efecto, distinguir muy claramente:

i) La forma y el espíritu de la universidad colonial en que una escolástica de la decadencia, ya fustigada en Europa por Rabelais, prolongaba en las aulas criollas los retorcidos brotes de la "disputatio" medioeval;

ii) la forma y el espíritu de la universidad latinoamericana del siglo XIX, en que una concepción utilitaria de la vida, se iba asociando al humanismo clásico, tal como se advierte, por ejemplo, en el Estatuto redactado para la Universidad de Chile en 1842 por el venezolano Andrés Bello, lo que es perfectamente comprensible en jóvenes repúblicas, necesitadas, antes que nada, de especialistas y profesionales, y

iii) la forma y el espíritu de la universidad moderna, desde el final de la primera guerra mundial, en sociedades sometidas a múltiples y contradictorias presiones, donde los procesos de urbanización, industrialización y masificación comienzan ya a registrarse en forma acelerada.

Ahora bien, es obvio que aquí nos encontremos situados frente a tres universos - tres ambientes, tres sociedades tres niveles de cultura -, y por ende tres universidades: desconocerlos o mezclarlos equivale a negarse a comprender.

b) Universidad colonial y universidad medieval

Universidad colonial no es lo mismo que universidad medieval.

Justamente, si quisiéramos filiar algunas de las modalidades exteriores de nuestra faena docente, tendríamos que recordar, tal vez, el tumultuoso escenario de la vida estudiantil en la Edad Media, en el instante en que, al igual que en otros dominios, se constituye la "corporación de los que enseñan y de los que aprenden" - universitas magistrorum et scholarium - órgano en que se expresará la "intelligentzia" europea.

Como es sabido, en este ambiente, de una extraordinaria temperatura intelectual, se elaboran los principios de la filosofía escolástica, mientras que en el seno de los amplios grupos estudiantiles hierve la indisciplina de la joven sangre bárbara. Muchos aspectos de la vida universitaria latinoamericana que desconciertan y escandalizan al extraño, recuerdan aspectos de la existencia estudiantil en la Edad Media: el mismo empeño de los jóvenes reformistas en subrayar que la universidad no es sólo de los profesores, sino, también, de los estudiantes, no hace sino retrotraernos al sentido original de la universidad como una corporación de dos grupos de estudiosos. Recuérdese la institución de la "cessatio", los conflictos personales con la justicia del preoste, y, en una época de profundo fervor religioso, aquella escena de jugar a los dados sobre los altares de las iglesias de París. El estudiante de la Edad Media, constituía, en verdad, una fuerza, "una potencia opresiva, tiránica, con la cual tenían que contar los poderes públicos", lo que recuerda muchas situaciones actuales. El estatuto de la corporación de los maestros de artes en París subrayaba que "se expulsará por un año a los oyentes que griten, o silben, hagan ruido o lancen piedras...". Y podría reunirse de este modo un buen número de otros rasgos medievales - no precisamente coloniales - para componer un animado cuadro que se diría calcado en ciertas escenas de la vida universitaria latinoamericana.

En los tumultuosos claustros de la Facultad de Artes se elaboraron los principios de la filosofía escolástica, que no es sino un esfuerzo extraordinario para pensar con claridad y consistencia las bases de la  
/nueva sociedad



nueva sociedad cristiana. Esta tentativa para poner de acuerdo la cabeza griega y el corazón cristiano, la razón y la fe, equivale a encontrar premisas para justificar aquello por lo cual se vive y en lo cual se cree. En este sentido, la universidad medieval - y específicamente la Facultad de Artes - fue altamente creadora de cultura.

También la universidad latinoamericana del siglo XX comienza a elaborar humilde, lenta y penosamente una cultura. El profesor y el estudiante ensayan por primera vez la tarea de pensar la realidad latinoamericana, a fin de poner de acuerdo la razón europea con los impulsos y oscuros sentimientos que dirigen la vida criolla.

Las universidades latinoamericanas constituyen el ámbito donde el joven llega recién al descubrimiento de sí mismo y de su sociedad, en que su personalidad se configura llegando a una cierta madurez de la conciencia intelectual, cívica y aún religiosa, que, en otros países se consigue imperceptiblemente a través de instituciones diversas. Allí descubre, por ejemplo, con la cronicidad de lo que tiene una honda raíz en la sangre y el espíritu, el problema de "la reforma universitaria".

c) La reforma universitaria

La idea de una "reforma universitaria" aparece como el tema juvenil dominante durante la primera mitad del presente siglo. Un tema, en verdad, excluyente, que, o se condensa en un clisé de fórmulas lapidarias, rotundas y simplistas o se diluye en los pliegues de vagas generalidades, según cual sea la condición intelectual de las diferentes promociones estudiantiles.

Alguien ha dicho, tratando de caracterizar la situación argentina hacia 1930: "La reforma universitaria entre nosotros se ha elevado a la etérea jerarquía del mito. Se combate por ella o contra ella, sin saber a ciencia cierta en qué consiste lo reformado: Los mitos no se analizan".

Es verdad. Pero los mitos tienen una extraordinaria fuerza dinámica, y así acontece en nuestra sociedad con el tema de la reforma universitaria, que se mantiene cronicamente en el repertorio de las preocupaciones estudiantiles en latinoamérica. Uno se pregunta si sus posibilidades no se encuentran ya definitivamente agotadas o si con él no se entra a insistir

en un vacuo e insoportable tema de retórica. Pero el asunto está siempre ahí con todas las propiedades de una idea fija.

El problema de la reforma universitaria ha cumplido con una cierta función de pretexto al introducirnos en el planteamiento de graves y permanentes problemas de la vida latinoamericana. Si bien se mira, la reforma universitaria no es sino un caso singular de un problema más amplio: el de una reforma integral de todos los géneros educativos. En efecto, ¿por qué hablar aisladamente de una reforma universitaria; por qué no predicarla, además, integralmente de la enseñanza secundaria y aún primaria?

Ahora bien, en un sentido amplio las nociones de vida y educación se confunden: son, en el fondo una misma e idéntica cosa. Por lo tanto, quien habla de una reforma de la educación lo que en rigor está planteando es el problema de una reforma de la vida. Claro está que así enunciado el asunto adquiere un volumen inquietante. Porque ¿qué significa una reforma de la vida en el momento actual de Latinoamérica? Lo que se plantea ¿no es el asunto de la reforma agraria y tributaria, el imperativo ético de la industrialización? Es obvio que el anhelo de reformar la vida sólo se declara cuando una sociedad emerge de su sueño, cuando se reconoce doble, contradictoria, desgarrada, escindida entre sus estructuras reales y sus aspiraciones ideales, cuando toma nota de su duplicidad y quiere violentamente provocarla, vale decir, cuando se produce en ella el fenómeno moral de la "toma de conciencia".

Justamente el reiterado problema de la reforma universitaria es una introducción a esa "toma de conciencia" para el joven latinoamericano.

De acuerdo con lo anterior, es posible distinguir una serie de etapas bien determinadas en la trayectoria que ha seguido el movimiento de la reforma universitaria en Latinoamérica:

i) La cuestión de la reforma universitaria tiende a plantearse aisladamente como un asunto especializado que preocupa sólo al estudiante universitario en cuanto tal.

/ii) Se

ii) Se echa de ver que ella no es sino un caso especial en el gran problema de la reforma general de la educación. La consigna de una "reforma integral de la enseñanza" penetrará en el plano de nuestras preocupaciones latinoamericanas durante mucho tiempo, crónicamente, con todas las propiedades de una idea fija, como en el caso anterior. Se expandirá ahora hacia otras capas de la vida hispanoamericana - notoriamente los profesores de la primera y segunda enseñanza - quienes, la convertirán en el lema de sus movimientos sindicales. Y después de afirmarse con una gran vitalidad en este plano como defensa del niño, de la escuela y del maestro, tenderá a sobrevivirse en movimientos desarticulados o bien como un vacío e insoportable tema de retórica pedagógica. Un ingenuo pedagogismo que ve unilateralmente en la escuela el instrumento para la reconstrucción de nuestros países, comenzará a invadir el continente en una ola de nocivo y contagioso optimismo. A las convenciones de estudiantes sucederán, con análoga función e igual cronicidad, los grandes congresos nacionales e internacionales de maestros. Hasta que, incorporados los principios de la nueva escuela a una legislación utópica permanecerán ahí como conquistas nominales sin eficacia alguna para transformar efectivamente el sistema de nuestras escuelas.

iii) El tema de la "reforma integral de la enseñanza" en cuanto se identifica con el problema de la reforma general de la vida, tiende ahora a traspasarse, por una parte, a los dominios especializados del político, y, por la otra, a las preocupaciones comunes del hombre y del ciudadano: el determinismo social de lo educativo se pone, en efecto, claramente de relieve.

¿Qué destino correrá así el grave y persistente problema, trasladado a las comprometidas manos de los políticos?

No puede dejar de recordarse lo profundo y actual del pensamiento platónico: semejante problema sólo podrá resolverse cuando los filósofos se vuelvan políticos o cuando los políticos se vuelvan filósofos.

Este tema de la ironía platónica puede destacarse paradójicamente como una seria clave para comprender muchos de los fenómenos de la universidad y de la sociedad latinoamericana con sus funciones no bien diferenciadas y sus fronteras imprecisas entre la educación y la política.

d) Universidad y nación

Lo que podría servir de piedra de toque para identificar el tipo de la universidad latinoamericana es la forma como ella se representa a sí misma el vínculo que la une a la nación.

Determinada por la atmósfera cultural de los países, ella aspira, sin embargo, a convertirse en factor determinante, lo que ha solido designarse ambiguamente como la función social o misión rectora de la universidad. En efecto, tiende a concebirse como el alto pensamiento que debe regir la vida colectiva, según el clásico diseño positivista. La teoría de la enseñanza universitaria, tal como fuera formulada en su "Filosofía de la Educación" por el chileno Valentín Letelier, en 1892, y cuyas grandes líneas van a ser reivindicadas por las posteriores revoluciones estudiantiles, insiste sobre la obligación de regir la vida colectiva, preocuparse de los problemas de la existencia nacional para que no quede entregada "en manos de los diaristas, de los tribunos, de los demagogos, de los oradores, de los políticos".

Frente a naciones del tercer día de la creación, que se debaten en un gran caos industrial, comercial y agrícola, carentes de organicidad, entregadas, por una parte, a las improvisaciones del instinto, y, por otra, al peso de una tradición inmóvil, las universidades componen - corporación de profesores y alumnos - una curiosa república de los espíritus, el lugar de la "intelligentzia", que tan importante papel debe cumplir en las naciones sub-desarrolladas. Cuando toman plena conciencia de su responsabilidad como órganos en los que se elabora un tipo de pensamiento superior, ellas aspiran a ser promotoras o rectoras de la vida de sus países, lo que sería ininteligible, por ejemplo, en los Estados Unidos, donde las autoridades universitarias son elegidas por la comunidad u otros intereses privados, de los que vienen, en cierto modo, a ser órganos. Entre nosotros, países subdesarrollados, alguien debe tomar, con voluntad de creación, la responsabilidad de promover la cultura, favorecer una "toma de conciencia" y configurar la vida de la nación. Si para "estar en forma"

/las naciones

las naciones tienen como un apetito de Estado, lo cierto es que los débiles Estados latinoamericanos, en cuanto quieren ser, en verdad, centros coordinadores y conscientes de la existencia nacional, tienen como un apetito de universidad, de vida universitaria auténtica, en que el pensamiento superior se elabore y pueda hacerse práctico.

e) Aspectos que deben estudiarse

Creemos que un estudio de la universidad latinoamericana debería considerar, hasta donde ello fuera posible, los aspectos siguientes:

- i) Un análisis de la idea lógica de universidad y confrontación de su efectivo cumplimiento con la realidad universitaria latinoamericana;
- ii) Un examen de las estructuras técnico-administrativas que sirven de armazón para el cumplimiento de esas funciones esenciales;
- iii) Una revisión de lo que podría llamarse "la universidad de carne y hueso", vale decir, de los elementos humanos que componen la universidad, y
- iv) Conclusiones.

## II. IDEA DE LA UNIVERSIDAD

### 1. Lugar de la Universidad en el sistema general de la enseñanza

¿Qué es la universidad? ¿Cuáles son sus funciones esenciales? ¿Qué lugar ocupa en el sistema general de la enseñanza? Pero, sobre todo, ¿cuál es la idea lógica de universidad y de qué manera se realiza en los distintos países latinoamericanos?

Conviene señalar que entre nosotros la universidad no siempre aparece bien diferenciada con respecto a otros niveles educativos, fundamentalmente los de la enseñanza secundaria y la técnico-profesional. Su ambigüedad con respecto a la primera de ellas es un rasgo que, de nuevo, la acerca a la universidad medieval donde nunca se distinguieron bien los órdenes educativos. Por lo demás, durante largo tiempo y en varios países la segunda enseñanza ha dependido administrativamente de los organismos universitarios de los que fuera como un obligatorio vestíbulo.

Y aún cuando en la mayoría de los países latinoamericanos, con leves variaciones regionales, la enseñanza general tiende a configurarse idealmente en un sistema de doce años, la verdad es que las estructuras escolares no se coordinan siempre de una manera precisa, lo que es ya visible, para el límite inferior, en el dificultoso ensamble entre la enseñanza primaria y la secundaria. De igual manera, se producen interferencias y duplicaciones en el límite superior, sea porque la segunda enseñanza aspira a crecer hacia arriba o porque la universidad se prolonga hacia abajo, en forma de docencia pre-universitaria,

Además, se pueden producir confusiones desde el punto de vista de los métodos, planes y programas de estudio. Si el universo de las realidades abiertas al conocimiento es siempre el mismo desde el grado más bajo del sistema escolar hasta el más alto nivel de la enseñanza universitaria, quiere decir que, como ya Comenio lo afirmaba, el contenido de los estudios es también el mismo. Se trata sólo de tres círculos que se ensanchan concéntricamente: la misma especie química agua, que se estudió en la primera enseñanza volverá a revisarse en la segunda y en la superior. ¿Una simple diferencia de cantidad?

/Semejante identidad

Semejante identidad de materia es propicia a todo género de ambigüedades. Pero los universos intelectuales en que se mueven el niño, el adolescente y el joven son distintos: las enseñanzas primaria, secundaria y superior, aun cuando continuas, tienen su propia calidad específica. No se trata de interpretarlas simplemente como una ampliación en la cantidad de las materias de estudio, sino en su calidad y en la actitud intelectual para acercarse a ellas.

## 2. Sobre la esencia de la universidad y su realización latinoamericana

Según la amplia y generosa caracterización de Max Scheler elaborada a base de determinaciones que durante ilimitado tiempo - afirma Curtius - serán "irreemplazables e inexpugnables", la universidad se definiría hoy por su aspiración a cumplir los siguientes fines:

a) "La mejor y más fiel conservación y trasmisión de los supremos bienes del saber y de la cultura, conquistados en la labor histórica común de los pueblos occidentales.

b) La enseñanza e instrucción metódica, pedagógica y economizando fuerzas hasta dondè sea posible, de lo que constituye la preparación profesional y especializada de toda clase de "especialistas" al servicio del Estado, de la Iglesia y de la sociedad, funcionarios de toda clase, profesiones liberales, comerciantes, etc.

c) Continuación metódica de la investigación científica.

d) La formación y cultivo espirituales más integrales posibles de la personalidad humana, mediante el cumplimiento de las tareas específicas propias de la cultura general, y finalmente, la más elevada animación de estas tareas culturales mediante "modelos" personales, de los cuales todo hombre hace tanto más un ejemplo, cuanto más los siente como medida de sí mismo y de su conducta.

e) La más correcta, sencilla y adecuada difusión posible entre los diversos estratos y clases del pueblo, de los bienes de la cultura y del saber, y éste, a través de las instituciones intermediarias que se hallan entre los establecimientos superiores de enseñanza, de investigación y de cultura, y aquello que se aprende en la vida y en las escuelas elementales. Aquí se inserta el problema de la educación popular, y, por consiguiente, también, el de la universidad popular.

/Trataremos ahora

Trataremos ahora de examinar cómo se realiza, por lo general, en las universidades latinoamericanas cada una de las funciones, según la persistente caracterización de Max Scheler.

a) La función de enseñanza

La tarea de conservar y transmitir los supremos bienes del saber y de la cultura es lo que designamos ordinariamente como la función de enseñanza. Ella es la tradicionalmente más enraizada, la más directamente perceptible y la que mayor volumen ocupa en las universidades latinoamericanas.

No obstante, quienes examinan sus labores suelen criticar el énfasis excesivo colocado sobre la función de enseñanza a expensas de la investigación, por ejemplo. ¿Se justifica semejante crítica?

La importancia de la función de enseñanza en los países sub o semi-desarrollados tiene que subrayarse con especial empeño: es la tarea inicial y primordial. Se trata justamente de que existen dos niveles distintos en lo que se refiere al volumen del saber y la cultura, lo que nos coloca en una situación intelectual de dependencia, de aprendices y discípulos que debemos comenzar reconociendo paladinamente. Así se justifica la reiterada consigna del siglo XIX de que en los países atrasados "gobernar es educar". En efecto, existe una etapa inicial de crecimiento que se define por una transmisión de la cultura o atenuación de los inmensos desniveles entre nuestro primitivismo intelectual, lo precario de nuestra formación, y el complejo desarrollo de las letras, las ciencias y las técnicas en las viejas naciones europeas. Pero el dato primero del cual hay que partir es el reconocimiento de ese desnivel.

Todos los países han atravesado por una etapa de dependencia intelectual en que se comunican o reciben el saber y la cultura desde niveles anteriores más altos: Roma, de Grecia; la Europa medieval, del Mundo Antiguo; nosotros, los americanos, desde las viejas fuentes civilizadoras de Europa. Siempre ha existido, primero, una elemental cultura de manuales, en que el saber se esquematiza y reduce a sus términos más simples para la iniciación de las nuevas generaciones. Recuérdense tan solo aquellos célebres manuales de Martianus Capella; Boecio, Casiodoro, etc., en que, del siglo V al IX, se resumieron, conservaron y salvaron, para uso de jóvenes discípulos bárbaros, los contenidos de las siete artes

/liberales. Más



liberales. Más tarde, verificada la asimilación respetuosa, vendrá el período de la independencia intelectual y la libre actividad creadora.

Nos parece grave que en nuestros países se comience, antes de tiempo, a desvalorizar la tarea de enseñanza o trasmisión del orbe cultural ya hecho, identificándola con una imitación pasiva o repetición mecánica del saber, exenta de toda calidad creadora, sin advertir la función capital que ella cumple en los países sub o semi-desarrollados. Un concepto falso de la originalidad - que nunca es una creación ex-nihilo - tiende a ensañarse con la función de enseñanza en que deben exponerse ideas ajenas y utilizarse materiales de segunda mano. Se estimulan, entonces, pueriles vanidades intelectuales y la ceguera para un hecho obvio: que la verdadera creación implica siempre digerir y asimilar materias extrañas tomadas de los más diversos autores y lugares.

Lo que define a la universidad moderna es su tendencia a la universalidad del saber. Ella quiere presentar a sus alumnos el círculo completo de los conocimientos. ¿Podríamos decir nosotros que los planes y programas de estudio tienen ya ese carácter de universalidad en el sentido de que nada humano no es extraño? Muy al contrario, deberíamos reconocer que estamos lejos de alcanzar un grado semejante. Letras, ciencias o técnicas, existen cuotas valiosas del conocimiento que no se enseñan o que se dictan mal en nuestras aulas. Comenzamos a advertir que aún en las ciencias de la naturaleza la enseñanza universitaria adolece de considerables vacíos. Es evidente que ellos se incrementarán en la medida que los países creadores, a la vanguardia de la ciencia, exploren nuevos dominios del conocimiento. También se encuentra casi intacto otro dominio de la enseñanza en la Universidad: el de las Ciencias Sociales.

Nos parece grave esta prematura nota de menosvalía que aspira a colocarse sobre la función de enseñanza. Y muy grave para los países latinoamericanos la especie de antinomia que tiende a introducirse entre la enseñanza y la investigación, y que podría llegar a producir un serio desequilibrio en la orientación justa de la universidad latinoamericana. Trasladada a nuestros ambientes, que carecen de un cuerpo acreditado

/de sabios,

de sabios, esa antinomia podría adquirir los perfiles de una catástrofe. Bastará con recordar la creación de institutos de investigación científica antes de poseer el correspondiente equipo de iniciados en el panorama general de sus disciplinas.

Por lo demás, es falso suponer que la tarea de la enseñanza no se presta a una función creadora.

Muy al contrario, el auténtico profesor sabe que la tarea de comunicarse no consiste en la ciega repetición de un manual sino en una reconstrucción del saber dentro de sí mismo y en la experiencia de los alumnos. La verdad es que aquí se insinúan graves problemas de técnica de la enseñanza universitaria, los que suelen confundirse lamentablemente con las tareas genuinas de la investigación, las que requieren otro "tempo", otro ámbito, otros planteamientos. Sin embargo, una enseñanza creadora de este tipo, conduce a localizar zonas oscuras, interrogantes, problemas que, trasladados después con rigor científico al laboratorio o a la biblioteca, habrán de perseguirse como ulteriores temas de investigación.

b) La función de preparación profesional

El servicio más visible de la universidad a un pueblo que crece y que cambia, se cumple a través de la función profesional: suministrar al Estado y a la nación el equipo de técnicos, peritos y especialistas que requiere su actual desarrollo. Sin embargo, ella ha merecido duras críticas desde un doble punto de vista: (a) que se encuentra organizada sobre la base de un pequeño número de carreras tradicionales, y (b) que la formación adolece de un nocivo especialismo profesional.

En efecto, dicha función se aleja de su sentido social en la medida en que se restringe a un círculo escaso de profesiones liberales, según los patrones vigentes en el siglo XIX. La universidad no toma conciencia de que debe transformarse en el moderno arsenal que arme a los países subdesarrollados con un equipo de funcionarios y expertos para la organización del Estado, la administración, la agricultura, la industria y las diversas actividades nacionales. La tradición del siglo XIX se mantiene, por ejemplo, con la excesiva producción de abogados y doctores que hacía entonces exclamar a Alberdi:

"Quiero suponer que la República Argentina se compusiese de hombres como yo, es decir, de ochocientos mil abogados que saben hacer libros. Esa sería la peor población que pudiera tener. Los abogados no servimos para hacer caminos de fierro, para hacer navegables y navegar los ríos, para explotar las minas, para labrar los campos, para colonizar los desiertos; es decir, que no servimos para dar a la América del Sud lo que necesita..."

(Frente a estas observaciones resulta sugestivo examinar el reciente censo de la Universidad de Buenos Aires sobre los alumnos inscritos en las diferentes Facultades: mientras que la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales registra una cifra de 11 040 alumnos, la de Agronomía y Veterinaria sólo alcanza a 1 129... Resultados semejantes se comprobarían también en otras universidades latinoamericanas.)

Sin embargo, la nueva juventud que egresa de la enseñanza secundaria y se agolpa a las puertas de la universidad parece andar buscando dos cosas que durante el pasado siglo no se estimaron de la misma manera: (a) un instrumento de trabajo que la habilite para ganarse la vida, y (b) una cultura que le permita comprender su mundo.

En otro tiempo se buscaba con afán un cierto número de carreras liberales que se clasificaban y ennoblecían, de acuerdo con algunas representaciones colectivas tradicionales. Pero este monopolio del prestigio social parece irse quebrando en beneficio de otras actividades que han adquirido una nueva dignidad y nobleza. Poco a poco, el mismo concepto de "educación liberal" se va haciendo obscuro y confuso, sujeto a toda clase de ambigüedades y contradicciones. En rigor, en una sociedad de hombres libres, sobre todo en los países latinoamericanos, ¿no deberían hacerse y llamarse liberales todas las profesiones?

Al lado del instrumento de trabajo, la nueva juventud latinoamericana tiende también a buscar una cultura. Parece haber comprendido que es ella la que en verdad libera, clasifica y ennoblece. De ahí, tal vez, su resistencia a incorporarse en institutos técnico-profesionales que simplemente la adiestrarían en una especialidad remuneradora, pero con mengua de su condición humana y de su educación cultural; este es uno de los aspectos más difíciles de comprender para el observador extranjero.

Ahora bien, nuestros países crecen aceleradamente. Muchas ocupaciones

/están evolucionando

están evolucionando desde su forma empírica hasta alcanzar el carácter de técnicas científicas. La improvisación en los diversos órdenes de actividades se va revelando cada vez más insatisfactoria. Del culto a la irresponsabilidad, audacia y charlatanería, que sirvió en otro tiempo para definir el estilo de la existencia latinoamericana, se va ascendiendo, poco a poco, al culto de la idoneidad. Una de nuestras grandes tareas universitarias próximas podría consistir en practicar el inventario realista y estudiar la configuración adecuada de nuevas profesiones para la juventud. Las universidades norteamericanas han resuelto su problema propio mediante la creación de carreras cortas incorporadas al "college" o más bien, al llamado "junior college". Las universidades latinoamericanas, dentro de marcos institucionales distintos y recursos materiales y humanos también diversos, se verán forzosamente conducidas a ensayar soluciones semejantes en los próximos años.

En todos los países, desde México a Chile, se registra el fenómeno notable - a veces impresionante - de un aumento en la matrícula de la enseñanza secundaria. Es obvia su relación con el índice de crecimiento de las clases medias que singulariza las transformaciones sociales de América Latina. Estamos así colocados frente a un hecho, un fenómeno de desarrollo que no puede ser detenido y que se encuentra lleno de sugerencias para la reconstrucción de la universidad de nuestros países. En la medida en que la juventud egresa de la segunda enseñanza, una gran parte de ella irá a golpear las puertas de la universidad. ¿Qué harán, entonces, nuestras universidades latinoamericanas adheridas al esquema clásico de las carreras liberales? Sólo tienen estas posibilidades:

- i) Establecer arbitrariamente el númerus clausus, es decir, declarar su concepto aristocrático de la universidad y de las minorías intelectuales.
- ii) Abrir indiscriminadamente sus estrechas avenidas a la marejada de todos los candidatos, e impartir la enseñanza de las antiguas profesiones de acuerdo con un régimen de masas, incompatible con la seriedad de los estudios y un aprovechamiento racional de los recursos materiales y humanos.
- iii) Rehacerse interiormente desde el punto de vista de las carreras

/que pueden

que pueden ofrecerse a la juventud, ampliando su espacio vital; reconocer la existencia de nuevas ocupaciones que deben adquirir dignidad universitaria - examinar el mercado de las profesiones - y, de consiguiente, crear las respectivas estructuras (facultades, escuelas, departamentos, etc.)

Es cierto que, en lo que se refiere a las profesiones, no es posible inaugurar libremente cualquier género y ofrecerlas con autonomía a las apetencias vocacionales de la juventud. Sabemos que aquí actúa en forma poderosa el determinismo colectivo bajo la especie de prestigio social, remuneración económica y posibilidades ocupacionales, factores que no dependen de la universidad. El fenómeno tantas veces denunciado del escaso interés juvenil por las profesiones agrícolas e industriales - máxima paradoja en países que dependen de la agricultura y necesitan perentoriamente industrializarse - se explica, sin duda, por ese determinismo social. En verdad, la paradoja no es sino aparente, porque, ¿de qué agricultura, por ejemplo, dependen? De una rudimentaria y empírica que no requiere especialización científica y cuyas habilidades se obtienen por la simple acción del medio en su atmósfera refleja. Es obvio que no podremos desarrollar Latinoamérica sólo con una estrecha política educativa que multiplique la formación de ingenieros agrónomos y técnicos industriales, si, correlativamente, no entra a operar una gran política que reforme las condiciones de la vida del campo y se empeñe en un programa efectivo de industrialización. El candoroso "pedagogismo económico" de comienzos de siglo, que atribuía unilateralmente nuestro sub-desarrollo agrícola e industrial a la carencia de institutos técnico-profesionales, para inducir a la juventud, ya está siendo superado por una actitud mucho más realista. Hoy día sabemos que la línea educacional y la línea política tienen que marchar siempre paralelamente, como ya está aconteciendo en los países hispanoamericanos donde se ha producido un efectivo cambio revolucionario. Pero la incompreensión de este fenómeno nos ha hecho inmovilizarnos, durante largo tiempo, en nudos y círculos viciosos que los responsables de la cultura latinoamericana deben comenzar a cortar por alguna parte.

c) La función de investigación científica

Las universidades latinoamericanas, influidas por la tradición

/dogmática del

dogmática del coloniaje, fueron hostiles hacia el cultivo de la ciencia y la actitud intelectual propia de su espíritu. De admirablemente organizadas "para realizar el doble propósito de formar hombres de profesión e impedir que se formen hombres de ciencia" las calificaba ya Valentín Letelier a fines del siglo pasado. Por lo demás, el hombre de ciencia, en cuanto modelo, y al lado del de letras, de religión o de espada, no fue un hombre representativo de nuestra sociabilidad, ni encontró el clima esperitual adecuado a su desenvolvimiento.

No ha sido fácil desprenderse de semejante atmósfera. Las admoniciones teóricas de un filósofo de la educación como Letelier no tuvieron una audiencia que las convirtiera en efectivas realizaciones prácticas. Ciertamente que su concepto de la universidad como el lugar en que debe realizarse la ciencia va a difundirse entre los doctos de Latinoamérica, y que, en el segundo cuarto de este siglo, en virtud de recientes reiteraciones europeas de la misma doctrina, la función científica de la universidad tenderá a imponerse en las "casas de estudio" del continente, eso sí siempre más bien como un enunciado teórico. No es que en determinadas regiones del saber no se practicaran desde hacía tiempo algunas investigaciones, como por ejemplo, en el sector de las ciencias biológicas o físico-químicas - el dominio propio de las Facultades de Medicina, que parecían ser las únicas donde hubiera condiciones propicias para aclimatar la ciencia - pero ello se producía como una labor anexa a las tareas estrictamente profesionales, dentro de una concepción utilitaria de la universidad, que no se afanaba por insistir en ulteriores consecuencias desinteresadas. La ciencia, entre nosotros, vivió como sirvienta de un pequeño número de carreras liberales. Por eso, ha sido necesario que la tecnología transformara los contornos de la vida común en una escala nunca imaginada, para que entráramos a apreciar, recién, sus ocultas implicaciones científicas. Y han debido producirse, sobre todo, los poderosos acontecimientos de la primera mitad de este siglo para comprender, como se ha observado, que un amplio territorio, una excelente posición estratégica, una numerosa población no bastan para formar un gran país si los recursos humanos y el poder industrial no se hallan acompañados por lo que se llama

/"La potencia

"la potencia científica". Pero, sobre todo, ha sido necesario "contemplar cómo la anexión de los cerebros científicos por los vencedores tiene hoy más importancia que las anexiones territoriales" para que advirtiéramos, recién, lo que significa, en verdad, el cultivo de la ciencia. Ahora, no sólo las universidades sino que el Estado y las empresas industriales, comienzan a aquilatar su portentoso valor como una dimensión de la vida y el esfuerzo modernos, lo que cambia todo el sistema de nuestras antiguas estimaciones. Ya no debemos argumentar, laboriosamente, como lo hacía Letelier en el pasado siglo, a fin de persuadirnos de que la investigación debe ser considerada como una de las funciones propias de la universidad. El asunto se da por concedido, y, más aún, desequilibrando las antiguas ordenaciones, se tiende a constituir un privilegio y hasta establecer una antinomia, en beneficio de la investigación científica con mengua de la clásica función de enseñanza.

En todo caso, persiste la cuestión de saber cómo debemos concebir, nosotros, en los países sub desarrollados, la misión de la investigación científica y qué sentido tiene - si es que posee alguno - el hablar de una orientación social o humana de la ciencia. Claro está que ella no puede concebirse de la misma manera entre los Estados que despiertan a la comprensión de sus responsabilidades políticas, o las industrias anhelosas de incrementar su productividad, que en el ámbito desinteresado de las universidades, moradas de la ciencia pura. Desde luego se habrá de admitir que, dada la escasez de los recursos en esta primera etapa de nuestro desarrollo científico, es difícil avanzar sin una colaboración entre los intereses teóricos y los prácticos.

Es posible que en el plano de una filosofía del conocimiento, entren a confrontarse dos concepciones opuestas respecto al sentido y valor de la ciencia. Por una parte la doctrina de "la ciencia por la ciencia", la ciencia que no es egocéntrica ni sociocéntrica, sino alethocéntrica, cuya única patria es la verdad - tesis en la cual suelen abroquelarse tercamente los investigadores europeos que se contratan para nuestras universidades - y, por otra parte, la que destaca su valor social o humano, en especial la concepción biológica de la ciencia como un "instrumento vital", a la que adhieren instintivamente los que entre

/nosotros aspiran

nosotros aspiran a construir un primer y auténtico patrimonio científico latinoamericano.

Sin entrar al fondo de una discusión siempre abierta en el dominio académico, y que, en último análisis, tal vez se resuelva en una síntesis superior de ambas concepciones opuestas, recordemos tan sólo, que si la ciencia no tiene patria, es evidente que los investigadores, sí, la poseen. Si sus conclusiones deben someterse al ideal del espíritu puro, espejo de la objetividad de lo que existe, en cambio, el proceso de elaborar la ciencia - su motivación y génesis - se halla cargado de subjetividad bajo la especie de elementos personales y sociales. Por lo demás, la historia de la ciencia sugiere, que en todas partes, la colaboración entre la teoría y la práctica ha sido siempre estrechísima.

Para que nuestros esfuerzos científicos tengan autenticidad - y no se confundan con la estéril repetición de un saber ya logrado - es indispensable que ellos sean una respuesta a la incitación de nuestros propios problemas tal como ellos se ordenan en los dos grandes círculos de la naturaleza y del hombre. Todo en torno a nosotros es inédito y se halla afectado de un signo de interrogación. Sólo se trata de que, en el inventario de asuntos que desafían al hombre americano sobre su propia tierra, demos prioridad a aquellos que son ineludibles y urgentes. La ciencia, exploración de lo real para encontrar lo verdadero, exige que nosotros, antes que nada, examinemos nuestra realidad inédita - mundo físico y social - a fin de encontrar nuestras verdades, aquellas que hacen inteligibles el contorno y pueden darle un sentido a nuestra propia vida americana. Perseguid la verdad, porque la verdad os hará libres, dice el Evangelio. Y, justamente, nosotros tendremos que entender la ciencia en forma grave y seria, no como un vano lujo del espíritu - curiosidad ociosa e inútil despilfarro: una nueva manera de evadirnos en sutiles juegos de la inteligencia y proezas de erudición - sino como un órgano efectivo de liberación, vale decir, como un instrumento vital. La orientación social o humana de la ciencia en nuestros países, durante este período inicial de su cultivo, exige que de los tres momentos cardinales de la investigación científica - la determinación de problemas, la elección de métodos y la formulación de conclusiones -, el primero

/sea minuciosamente



sea minuciosamente calificado, dentro de una jerarquía de necesidades y urgencias. En rigor, sólo se trata de reservarse un cierto derecho en cuanto a proponer la acentuación de los problemas o punto de partida de la investigación.

El hombre de ciencia europeo, que heredara un repertorio de temas bien definidos por generaciones de investigadores, a los que simplemente continúa, puede trabajar ciertos asuntos en un plano de universalidad abstracta y amplitud desinteresada, el que, adoptado por nosotros, sería en gran parte, inauténtico. Estaría lejos de nuestra singularidad concreta y no mordería en lo real que nos acucia. En esta primera etapa de formación tenemos que ir cautelosamente de lo singular o especial hacia lo universal. Tal como en sus inicios se exigiera entre nosotros del arte, la ciencia debe ser también, en este período, un estudio, expresión e interpretación de nuestro propio mundo latinoamericano.

Sin embargo, el afán de promoverla y, sobre todo, de exhibirla como ya aclimatada en las universidades criollas, induce a contratar investigadores extranjeros que siguen trabajando entre nosotros los problemas altamente especializados que los obsedian en sus laboratorios de Europa o de los Estados Unidos. Al cambiar de ambiente no han variado de actitud ni de intereses. Que la presencia de tales hombres se registre en las universidades de Buenos Aires, Río de Janeiro o Santiago de Chile, en lugar de Londres, Colonia o Nueva York, ¿significa verdaderamente que se haya constituido un patrimonio científico nacional o hispanoamericano? Equivaldría a confundir el nacimiento de una literatura autóctona con el hecho de que grandes poetas alemanes, franceses e ingleses, que continúan escribiendo en su propia lengua se detienen a vivir transitoriamente entre nosotros. Si el investigador no se incorpora a nuestras preocupaciones y contempla con simpatía el mundo hispanoamericano, difícilmente podrá ayudarnos en nuestras efectivas necesidades de conocimiento. Ocurre a menudo que de espaldas a la realidad nacional o continental, indiferentes ante sus problemas, fracasan también en adiestrar los jóvenes investigadores que deberían iniciar la exploración de nuestro enigmático mundo. Aquí podría reiterarse cuanto anteriormente dijimos sobre la "concepción negativa" del desarrollo universitario latinoamericano.

Por lo demás, ciencia sin conciencia sería ruina del alma entre nosotros. El gran Justo Sierra al inaugurar la Universidad Nacional de Méjico, se negaba a la adoración de una Atenea sin ojos para la humanidad y sin corazón para el pueblo. El actual Ministro de Educación, señor Torres Bodet, añade: "Sin ojos para la humanidad y sin corazón para el pueblo, la enseñanza superior conduciría a los educandos a una tecnocracia desencarnada". Y se pregunta lo que resultaría "del monopolio ejercido por otra serie de mandarines, técnicamente indispensables a los que la competencia exclusiva en tal o cual especialidad hubiese logrado desintegrar del interés cotidiano por los problemas de su tiempo y por la condición de los hombres de su país". El desearía que nuestras universidades fuesen casas de estudio, casas de inteligencia, pero, al mismo tiempo, casas de solidaridad social, "casas de paz activa, donde se formen buenos investigadores y buenos especialistas, pero sin olvidar que al mejor especialista y al más atrevido investigador, los contempla siempre = y los perfecciona, la voluntad de justicia en las relaciones sociales que sus trabajos pueden y deben favorecer".

Es así entonces como nosotros necesitamos, en esta primera etapa de formación científica, que también los investigadores foráneos abandonen el tranquilo refugio del especialismo, con sus problemas heredados de Europa, para advertir que se hallan frente a un mundo lleno de novedad y extrañeza, con el cual debe, en primer lugar simpatizarse. Amor y conocimiento se encuentran aquí en la íntima relación que subrayaba Max Scheler. Y ambos llevan a concebir la ciencia como un instrumento vital: conciencia y dilucidación de nuestros problemas, instrumento de liberación.

d) La función cultural

La educación implica correlativamente factores individuales y sociales, y, según cual sea el punto de vista desde el cual se la examine, puede definírsela como una realización de la personalidad a través de la cultura o bien como una socialización de los individuos.

En ambos casos los cuadros de la profesión son importantes. Pero cierto especialismo profesional opera como un fermento anárquico: lejos de incorporar a la comunidad nos desocializa y desintegra, vale decir,

/promueve esta

promueve esta Babel de los actos y los pensamientos, de la incomunicación y la desinteligencia que se reconoce como el estilo normal de la vida en nuestros países, y aún en el continente. La necesidad de producir una nueva convergencia de los espíritus, de recuperar un lenguaje común frente a semejante desorganización de la vida - por ejemplo, en lo que se refiere a promover una nueva conciencia nacional y continental - explica la moderna reacción en pro de la función socializadora de la universidad que, en último análisis, corresponde a lo que se designa de ordinario como su función cultural o tarea de enseñanza liberal y humana. (Sin embargo, conviene advertir, desde luego, que esta función, consagrada a los alumnos regulares, no debe confundirse con la llamada extensión cultural, que se dirige, más bien, hacia el público y sus problemas).

La ausencia de oportunidades para una formación de tipo general, cultural o humano destinada a su propia clientela de alumnos regulares, es un hecho que sorprende en la estructura de la universidad hispano-americana. Si se admite que la educación primaria es una enseñanza general de grado elemental, que la secundaria lo es de grado medio, inmediatamente se advierte que las universidades no tienen organizada, en el sentido propio de la palabra, una enseñanza general de grado superior. Lo que dijimos antes sobre los vacíos y desvalorización de la función de enseñanza podría de nuevo reiterarse aquí. Lo cierto es que nuestras universidades se agotan, por completo, en la tarea de la instrucción profesional. Hay, entonces, un vacío en la formación humana del individuo, una laguna que necesita ser llenada, y que da a muchas de nuestras "casas de estudio" un aire de edificios incompletos, desequilibrados, carantes de estructura y base de sustentación.

Semejante deficiencia se explica, porque hemos cometido el grave error de creer que la cultura se adscribe únicamente a una enseñanza - la secundaria - y aún, que sólo ella tiene el monopolio de la formación humana. Tampoco hemos subrayado suficientemente las implicaciones sociales de la cultura, identificada, por lo común, con un saber de lujo, ornamento de minorías, o un refinamiento estético que ensimisma y separa. Pero la cultura cubre todos los niveles de la enseñanza, desde el elemental hasta el universitario, y su intención, que se siempre doble, solidaria y

/recíproca, oscila

recíproca, oscila entre dos polos terminales, de lo general a lo especial y de lo especial a lo general, de tal manera que si la divisa propia de los establecimientos secundarios habría de ser: "Por medio de la cultura hacia el mundo del trabajo", en cambio, la que hubiera de escribirse en el frontis de las escuelas universitarias sería más bien: "Por medio de la profesión hacia el mundo de la cultura". Su esquema es siempre el mismo y no hace sino subrayar los factores sociales e individuales propios de toda enseñanza y de toda verdadera educación cultural.

Sin embargo, bien poco se realiza este doble comportamiento intelectual en el trabajo de las universidades, y nada se dice del cierre de su circuito lógico para la auténtica formación humana del individuo. Se piensa, de ordinario, que la faena quedó cumplida en la segunda enseñanza, y las escuelas de la universidad aparecen como mutiladas, ineptas para reubicar a sus alumnos especializados en una visión general de las cosas que tenga, ahora, como punto de partida, el hecho singular de la propia carrera. Entonces, el especialismo profesional se muestra con todos sus perfiles nocivos, disociadores y anárquicos. Por eso es que a su elogio, tema favorito del siglo XIX, ha estado sucediendo su inexorable crítica y, al mismo tiempo, la reivindicación de una ilustre desplazada: la cultura general.

Reivindicación y crítica no pueden acogerse sin algunas reservas en nuestras incipientes sociedades latinoamericanas. El nuevo fervor por la cultura general, pudiera disolverse fácilmente en los pliegues de generalidades sin consistencia ni valor alguno, interpretarse como el simple regreso a concepciones arcaicas o misceláneas en vez de ahondar en su moderno sentido social. También es necesario formular algunas reservas sobre una desaprensiva crítica del especialismo que pudiera inducir ambigüamente al culto de la incompetencia. En las sociedades hispanoamericanas, desorbitadas y confusas, tenemos que hacer, en todo caso, el elogio del hombre idóneo, del que ha eludido el plano de la improvisación y de la rutina, de la retórica y del empirismo, en suma, del perito y del técnico, vale decir, del especialista. Imposible promover el desarrollo de nuestros países sin un equipo creciente de verdaderos especialistas. El vagabundo de los oficios y de las profesiones, el hombre dispuesto a asumir

/con la

con la misma naturalidad las más diversas tareas especializadas, - ejemplar tan común en nuestras repúblicas - tiene que ser denunciado, desde el ángulo psicológico, como un portador de taras, y desde el punto de vista moral, como un cínico o un irresponsable. La cultural general no puede interpretarse entonces como una ganzúa, que permita introducirse en múltiples actividades, y, sobre todo, en aquéllas que importan una seria responsabilidad social. Tenemos que ponernos en guardia contra la posibilidad de un nuevo desequilibrio y destacar siempre la estrecha solidaridad que existe entre el verdadero especialista y la auténtica cultura. La cultura general no se consigue por la mera iniciación en las letras o en las ciencias - un cuerpo de conocimientos desligado de la realidad. Ella sólo es vital cuando se ofrece como el marco de una ocupación o especialidad determinada que nos vincula a un centro de realidades precisas, a partir de cuyo foco se amplía y enriquece la experiencia y podemos situarnos entonces, de una parte, como individuos frente a la sociedad, y, de la otra, como hombres frente al universo. Conviene reiterar que la cultura es la capacidad de situarse, y, por ende, situar los hechos y las cosas, vale decir, la actitud de buscar el sentido. Nada más grave y desmoralizador que la condición de individuos o sociedades cuya existencia se arrastra a la deriva, en que las vidas, los hechos y las cosas parecen carecer de sentido. Desde este doble punto de vista la cultura es un órgano que permite identificar y comprender, en un amplio sistema de relaciones, los problemas de una nación que crece y cambia.

Cuando hoy se habla de la función cultural de la universidad tiene que entenderse que ella se refiere a una actitud semejante, cargada de sentido social.

e) La función de extensión universitaria

Paralelamente a estas cuatro funciones, propias de lo que podría llamarse la universidad trabajando hacia adentro, concentrada sobre su clientela regular de estudiantes que buscan títulos y grados, organizados metódicamente dentro de sus claustros, según medidas y ritmos que han probado su eficacia formal, se registra, además, la labor de lo que podría llamarse la universidad trabajando hacia afuera, exclaustrada, dirigida hacia un público inorgánico, irregular e imprevisible, en una faena de

/extensión superior

extensión superior similarmente cuádruple, para la cual el área de la universidad se confunde con la gran urbe, con la provincia, la región o aún, el territorio de todo el país.

Esta idea de una labor centrífuga, exclaustrada, cuya intención es el ambiente; este concepto de que la universidad debe servir a la nación en todos sus estratos, y no sólo a la minoría de estudiantes que tiene el privilegio de frecuentar sus aulas, es una función relativamente nueva, que deben reivindicar las universidades modernas, sobre todo en aquellos países atrasados donde, como es el caso de América Latina, se hace indispensable trabajar sobre los distintos ambientes y sus respectivos públicos. Don Valentín Letelier, a quien siempre tenemos que regresar cuando se hace la teoría de la enseñanza universitaria latinoamericana, había acentuado ya, desde fines del siglo pasado, la misión social que incumbe a los institutos superiores, en lo que se refiere a promover el despertar de la conciencia, estimular la vigilia crítica en ambientes dormidos, donde la conducta de los individuos se regula por la medida fluctuante del impulso o se halla consolidada en los rígidos moldes de la tradición y de la costumbre. El movimiento de las universidades populares, nacido en Europa hacia fines del siglo pasado, para solucionar algunos problemas específicos de la cultura obrera en las grandes urbes, se propaga con ímpetu hacia América Latina desde las postrimerías de la primera guerra, extiende esta labor hacia ciertas capas del público, y comienza a designarse con el nombre de "misión social de la universidad".

Estas actividades de la universidad trabajando hacia afuera, extendidas hacia una clientela distinta - el público, en sus diversos niveles e intereses -, implica que la universidad salga en su búsqueda para auxiliarlo frente al cambio social, a lo menos desde el triple punto de vista cultural, profesional y científico, con la triple finalidad de, o bien capacitarlo para situarse "a la altura de las ideas desde las cuales el tiempo vive", o bien perfeccionarlo en sus técnicas de trabajo, o bien ayudarlo a dilucidar, mediante información científica, los problemas urgentes de la vida regional o nacional.

Pero es obvio que para cumplir con tales funciones de servicio cultural, profesional o científico, orientado hacia el público y sus problemas, que no debe confundirse con su clientela regular de alumnos la universidad tiene que cambiar de actitud, ensayar métodos nuevos, crear estructuras flexibles, tales como misiones culturales, cursos o escuelas de temporada, seminarios de problemas nacionales o regionales, etc. Son algunos de los procedimientos utilizados hasta ahora. Evidentemente, cabría inventar otros, y cada universidad puede darse libre carrera en la búsqueda de los medios más adecuados para el cumplimiento de sus fines permanentes, dentro de sus específicas condiciones ambientales.

Algunos no comprenden el sentido y proyección de esta labor, que tienden a confundir con la que es propia de la educación secundaria, o bien de la misma universidad trabajando hacia adentro con sus círculos cerrados de alumnos regulares que tienen ante sí largos períodos de tiempo, y se determinan por otros motivos. Aquí es donde se insinúa, tal vez, un asunto extraordinariamente confuso - más confuso aún por las soluciones doctrinarias "a priori" que tiende a dársele en Latinoamérica - que es el significado y lugar de los egresados dentro de las estructuras regulares de la universidad.

En efecto, uno podría preguntarse, ambigualmente, por qué tienen que regresar a la universidad también los egresados, los que habiendo obtenido ya sus grados y sus títulos cortaron el cordón umbilical que los hacía depender de su permanente tutela. Incorporados ya como elementos autónomos a las múltiples responsabilidades de la acción, en diversos dominios de la existencia nacional, constituyen un sector apreciable del público con el cual la universidad entra ahora en un nuevo diálogo, distinto del que antes mantuviera con sus cursos cerrados de alumnos regulares. Montaigne habría respondido con finas consideraciones sobre los niveles de la cultura y del saber. Nos habría hecho observar que existe una ignorancia abecedaria, que es anterior a la ciencia, pero también una ignorancia doctoral, que es posterior a ella, y es justamente el descubrimiento de que se posee esa docta ignorancia lo que constituye la llave maestra de la sabiduría. Y así, entonces, la ignorancia abecedaria que preocupaba a Sarmiento, es menos grave, tal vez, que esta docta ignorancia sobre la  
/realidad y

realidad y problemas de la América Latina, de la que es responsable cierto concepto ornamental de la cultura que continúa sobreviviendo entre nosotros. Por eso, las universidades tienen que contribuir a superar la etapa de los empirismos literarios mediante un empleo metódico de sus recursos científicos.

La filosofía de la nueva extensión universitaria señala que hoy, más que en ninguna otra época de la historia, la educación del individuo tiene que entenderse como un crecimiento de la propia experiencia personal, el que, contrariamente a lo que de ordinario se piensa, no termina con la obtención de los grados académicos de bachiller, licenciado o doctor, ni tampoco con los diversos títulos profesionales, sino que es paralelo al proceso de la vida misma, la cual es instituto tan austero que no gradúa jamás a sus inscritos: que dada la poderosa expansión del saber en el curso de los últimos años, no existe hoy día ninguna forma de docencia sistemática que deje a sus egresados en posesión actual de cuanto necesitan conocer respecto al hombre, la sociedad y el universo; que, en rigor, todo individuo que practique el examen de conciencia y ejercite el espíritu crítico, tiene que reconocer hoy día, a pesar de sus estudios anteriores, su necesario retraso cultural y técnico; que, por lo demás, la piedra de toque para medir la eficacia de un sistema escolar, y, por ende, la autenticidad de la propia cultura, se halla en la capacidad de los que egresan para continuar aprendiendo de la vida misma; y, por último, que los problemas de la realidad nacional no pueden ya resolverse empíricamente, sino que necesitan el empleo de los recursos científicos que posee la universidad. He aquí por qué los egresados tienen que regresar también a la universidad: pero lo hacen en su carácter de alumnos "sui generis" en esta labor de la universidad trabajando hacia afuera.

Conviene señalarlo claramente cuando se alude a las actividades de extensión: la misión de la universidad no consiste en solucionar en forma directa los problemas de la región o del país: esa es tarea de los gobernantes, de los legisladores, de los políticos. Tampoco en volverse un instrumento de resonancia para subrayar la actualidad o urgencia de algunos: esa es labor informativa de los periodistas. La misión de la universidad consiste en colocarse frente a tales problemas con su espíritu



propio, ajeno a intereses circunstanciales y transitorios, a fin de identificarlos, definirlos, y conceptualizarlos - situarlos dentro de un sistema general de referencias - vale decir ayudar a pensarlos. Eso sí, pensar la realidad de un país en cuanto implica ubicar sus distintas e inconexas actividades en un amplio marco de relaciones, equivale a proyectarla o planificarla. Hay, entonces, un íntimo nexo entre esta función de la universidad y la labor del Estado que aspira a planificar la vida nacional.

Los pueblos tienen en sus universidades como una alta conciencia que siente y piensa los problemas, que vuelve inteligible la opaca y contradictoria materia del contorno, un centro director y ennoblecedor de la vida: ellas son el poder intelectual y moral del Estado y la fuerza inspiradora de la nación.

Pensar la realidad nacional y continental: he aquí una de las grandes tareas específicas de la nueva universidad latinoamericana. Sobre la base de un pensamiento claro será posible que otros inicien más tarde una acción adecuada. Corresponde al Estado, con sus funciones tradicionales, organizar la vida de la nación, pero es tarea de la universidad suministrar al Estado y a la nación los técnicos, peritos y especialistas que requieren para su ordenado crecimiento.

3. Sobre la confusión entre los fines y los medios:  
el significado de la autonomía universitaria

Determinadas ya en el plano teórico las funciones propias de la universidad, el problema de la enseñanza superior en Latinoamérica podría formularse en los términos más simples: el de una posible confusión entre los fines y los medios.

Conviene recordar que la misma universidad es primariamente un órgano, al servicio de un gran organismo: la nación. Los órganos no tienen un fin en sí mismo; son instrumentos o medios que se subordinan a otras finalidades superiores. No obstante, puede ocurrir que algunos de ellos, aislándose del conjunto, o desviándose de su función originaria, lleguen a considerarse fines absolutos. Es increíble la frecuencia con que, en la vida común, se produce la confusión de estos dos términos. Pero la  
/conversión estimativa

conversión estimativa de los medios en finés, es la más segura fórmula definidora del vicio. De cualquiera institución que lo realiza es posible declarar ipso facto que se encuentra adulterada y pervertida.

Ahora bien, podrían existir universidades que, desentendiéndose de sus nexos con los demás géneros educativos, y, sobre todo, con las necesidades de la sociedad que las insta, llegan a considerarse finés en sí mismas y comienzan a nutrirse de su propia substancia agotada.

En correlación con el dato primero de un sistema de principios, fines o valores, que declaran el sentido de la vida universitaria, se plantea la necesidad de un amplio e indeterminado conjunto de medios o instrumentos aptos para conseguirlos, es decir, el problema práctico - y en todo caso subalterno - de una organización de las actividades o realizaciones concretas de tales ideas.

Conocemos el nombre de esos medios porque se han repetido ampliamente en las diversas campañas de reforma universitaria: Autonomía, co-gobierno, docencia libre, asistencia libre, derecho de tacha, etc.

En principio, frente a tales exigencias, periódicamente renovadas, con el carácter de reivindicaciones universitarias decisivas, no puede existir una actitud de aprobación ni de reprobación absolutas: Ambas se encuentran subordinadas a una previa ponderación de la eficacia de tales medios para servir los fines de la universidad, la que no puede determinarse "a priori", porque depende de imprevisibles condiciones de tiempo y de lugar, de recursos materiales y humanos, etc. Así entonces, por ejemplo, la asistencia libre, recomendable en algunos países y en ciertas escuelas, sería completamente nociva en otros.

Dicen los axiólogos que la conversión injustificada de los valores-medios en valores-fines lleva el nombre de aberración estimativa: todos los vicios corresponden a semejante fórmula. No podría desconocer que gran parte de los vicios del movimiento de Reforma Universitaria en Latinoamérica ha sido, justamente, realizar, sin tener una clara conciencia de ello, esa perniciosa conversión estimativa. Las actividades de los alumnos se han agotado en sugerir asuntos subalternos respecto a la metodología de la enseñanza, planes de estudio, etc. Por otra parte, ciertos observadores piensan que todo depende de la reforma de algunas

/estructuras administrativas

estructuras administrativas, por ejemplo, cambiar el nombre arcaico de Facultades por los más modernos de departamentos, divisiones, etc.

Es útil observar que algo de esto acontece, aún con el mismo significado, alcance y función propia de la autonomía, por la cual tanto hemos venido luchando en los países latinoamericanos, de tal modo que, a veces, podría creerse que la totalidad del problema universitario se encuentra resumido en lo que connota su reiterada fórmula.

Y así habría de ser, en efecto, si ella se examinara en lo que esencialmente implica, en lo que tiene de permanente y substantivo, dejando a un lado ciertas consideraciones circunstanciales y adjetivas.

¿Qué es la autonomía universitaria?

Si el problema se planteara en sus términos exactos y en una amplia perspectiva rigurosamente teórica, no sólo la universidad sino todos los grados de la enseñanza deberían en verdad ser autónomos, esto es, encontrarse desligados de su nociva determinación por un ambiente deletéreo que se resiste al cambio social. Pero, prácticamente, ella sólo se afirma de la universidad, porque, en contraposición con los demás géneros docentes, lo que la singulariza e inviste de una alta jerarquía es su misión especialísima de adelantar la ciencia. La ciencia, - exploración de lo real a fin de encontrar lo verdadero - es hija de la libertad, de una absoluta libertad de espíritu, que se define bien en la admirable máxima platónica: "Sigamos el argumento dondequiera que el argumento nos lleve". No puede el maestro o investigador afanarse por asir un fragmento de nueva verdad - sobre todo en nuestras desorbitadas repúblicas, tan cargadas de pasión y beligerante ideología - si no tiene la certidumbre de que en la captura y exhibición de su hallazgo se encontrará protegido por un fuero, contra la reacción agresiva de la costumbre, de los intereses políticos, religiosos, etc. Por eso, siguiendo una vieja tradición medioeval - sancionada por bulas de los papas y decretos de los reyes -, la legislación moderna se ha preocupado siempre de defender los derechos del profesor en su cátedra, condición sin la cual las universidades no podrían, en verdad, atribuirse tan elevada jerarquía. No tiene otro sentido la lucha que en Latinoamérica hemos venido llevando por conquistar los diversos aspectos de la "autonomía universitaria" - jurídicos, administrativos, financieros y técnicos - hasta /conseguir que

conseguir que ellas se conviertan en lo que deberían ser: Verdaderas corporaciones independientes al servicio de la ciencia y de la cultura.

Pero aquí, como en todas partes, hay que verificar esa discriminación entre lo substantivo y lo adjetivo: Las universidades no han sido creadas para que exista la autonomía, como una especie de superior e intangible esencia metafísica: La autonomía ha sido concedida a las universidades para que ellas existan como tales universidades. O, lo que es lo mismo, la autonomía no es un fin en sí de la vida universitaria: es simplemente un medio, una herramienta que puede revelarse eficaz o inepta para que las universidades cumplan con sus verdaderas funciones, y nada más urgente, hoy día, para quienes desean pensar con claridad sobre tales problemas, que deshacer esta peligrosa conversión entre los finés y los medios, aberración estimativa que, lo mismo en los organismos biológicos que en las colectividades sociales, conviene repetirlo, es la más segura fórmula definidora del vicio.

Ahora bien, ocurre que la autonomía se interpreta, a veces, en un sentido mágico como intangibilidad física para edificios o personas - el "tabú" de los recintos sagrados - o bien, en un sentido astuto, como refugio para los apáticos y los ineptos en un mundo sometido a un proceso de revisión y cambio que, justamente, exige una actitud de vigilia crítica. La autonomía se utiliza, entonces, como un argumento perezoso para retirarse de la actualidad cuando debiera ser, por el contrario, la condición indispensable para meditar con fruto sobre sus apremios y urgencias.

También acontece que la universidad se defina aristocráticamente, con soberbia intelectual y desprecio por sus determinaciones sociales, como una construcción aislada, de irreductible y perversa autonomía, "huerto cerrado, fuente sellada, cumbre en el monte, torre en el mar", que dijera un distinguido profesor argentino. Prácticamente, una ambigua ciudadela dentro de la ciudad, un Estado dentro del Estado. Puede ocurrir entonces que se construya una falsa antinomia entre ese concepto de autonomía y su deber de cooperar con el Estado en la planificación de la vida nacional.

Lo cierto es que algunas universidades persisten en mantener su obstinada posición de retiro, de espaldas a la realidad nacional y

/continental, como

continental, como islas de la Entelequia donde aún mora la reina Quinta-  
esencia con su corte de activos oficiales. Interpretar el fuero  
universitario como una autorización para entregarse a ejercicios de  
virtuosismo intelectual y proezas dialécticas que no coinciden con las  
necesidades y urgencias de nuestros países en desarrollo.

Bien se ve que en todo esto existe una confusión entre los finés y  
los medios.

La autonomía, capa aisladora que preserva de contaminaciones extrañas,  
sólo es eficaz cuando actúa sobre un aire universitario de máxima pureza,  
en un ámbito destinado a cumplir con las funciones propias de tales  
organismos científicos, - una corporación guiada por insospechables  
estudiosos - pero no lo es cuando sirve para proteger clandestinas infec-  
ciones internas que se amparan a la sombra de los claustros. Desligada,  
entonces, del cuerpo nacional, debilitada en su clausura, la universidad  
queda sin defensa contra el morbo que prospera y se propaga impunemente por  
todas sus vísceras, determinando ese colapso burocrático, esa extraña  
abulia y especie de conciencia anestesiada que está siendo uno de sus males  
visibles en algunos países latinoamericanos.

Se ha hecho, pues, evidente la aberración estimativa: La autonomía,  
condición que define a la universidad auténtica, no puede transformarse en  
una contradictoria exigencia de autoaniquilamiento.

#### 4. Tipos de universidades latinoamericanas

La idea de universidad se realiza en diversos tipos concretos que no  
conviene echar desaprensivamente dentro del mismo saco, bajo la denominación  
genérica de universidad, porque tanto su morfología como sus funciones  
varían de acuerdo con dicho tipo específico.

a) Las universidades centrales o nacionales del Estado; cuyo papel en el  
proceso de formación de la nacionalidad y vigilancia de un alto patrón de  
vida académica sobre las demás universidades que posteriormente se crearen,  
no alcanzan a estimar ciertos observadores apresurados, quienes las  
confunden, simplemente, con una de las varias universidades del país.  
Construidas un poco al estilo de la universidad napoleónica - cumplen,  
además, cierta función de oficinas del Estado para supervigilar la concesión

/de títulos

de títulos y grados en las universidades privadas - han tenido enorme importancia, por su carácter centralizador, en el proceso de integración y formación de una conciencia nacional.

b) Las universidades oficiales de los Estados en las Repúblicas Federales, universidades provinciales o departamentos que debieran cumplir con el papel de descentralizar y regionalizar la vida intelectual.

c) Las universidades particulares de espíritu libre, que complementan y colaboran a las universidades nacionales. Productos del esfuerzo de la región a que sirven, iniciativa de círculos privados, constituyen un tipo de universidad que es aún relativamente escaso en Latinoamérica.

d) Las universidades confesionales, generalmente órganos de la Iglesia Católica, vienen a ser como la coronación de un sistema de enseñanza privada, paralela a la del Estado, y que se extiende, también, desde la elemental hasta la superior.

e) Las universidades técnicas, de creación más reciente, que pueden ser del Estado o productos de la iniciativa privada, y cuya jerarquía de universidad se encuentra sometida a la condición de superar el nivel de altas Escuelas de Especialización Técnica, para alcanzar una verdadera universalidad cultural desde el campo de la tecnología.

Conviene señalar que estos diversos tipos realizan la idea de Universidad de una manera diferente, con distinto concepto de la autonomía y del espíritu libre, con diverso énfasis sobre sus funciones y otra noción del servicio que se debe prestar al país, de manera que no sería correcto identificarlas bajo una misma denominación genérica. En verdad, su volumen, significado y valor no coinciden: presentan rostros y perfiles distintos, y a menudo, contienen entre sí.

Por lo demás, constituye un problema interesante determinar qué número de universidades puede soportar honorablemente cada nación latinoamericana en concordancia con sus características demográficas, económicas, profesionales, geográficas, etc. La enseñanza universitaria tiene rigurosas exigencias de recursos materiales y humanos, los que no pueden improvisarse desaprensivamente. Se ha observado en algunos países una proliferación de universidades, determinada, más que por las necesidades efectivas, por el anhelo de satisfacer vanidades regionales o competencias de grupo. Ello conduce a rebajar la dignidad de la enseñanza universitaria y a establecer nocivas confusiones con otros géneros docentes de menor jerarquía.

### III. LAS ESTRUCTURAS TECNICO-ADMINISTRATIVAS

#### 1. Las estructuras fundamentales

Los tres tipos de universidades europeas que se afirman en el siglo XIX - el inglés, el francés y el alemán - implican tres conocidos sistemas de organización y administración universitaria, cuyos rasgos no necesitan describirse aquí menudamente. A ellos se agregará, desde el último cuarto del siglo el tipo de la universidad norteamericana con un sistema de organización y administración que desconcertará a la tradición europea de enseñanza superior.

La universidad latinoamericana es un organismo complejo, cuyos órganos fundamentales son las facultades, de tal manera que cuando se la quiere caracterizar de un solo rasgo se dice simplemente que ella es una "federación de Facultades". Estas, comprenden, a su vez, otros órganos menores de diversa función, como las escuelas, los institutos, los departamentos, las cátedras. La terminología administrativa no es siempre segura porque los vocablos se cargan de ambigüedades históricas o de particularidades locales, lo cual ha hecho que el Consejo Ejecutivo de la Unión de Universidades de América Latina resolviera iniciar un estudio para uniformar su nomenclatura. En todo caso, la noción de escuela tiende a reservarse para un órgano destinado a la enseñanza de las profesiones, el instituto a las tareas de investigación el departamento a una estructura en que se reúnen grupos de materias afines, la cátedra, a la unidad docente elemental.

Grandes perplejidades se producen, sobre todo para el extranjero, en torno a la dominante noción de Facultad. Lo cierto es que en todas partes - aún en Europa - la universidad es la institución docente que más rasgos conserva de su estructura original de la Edad Media. La medioeval "facultas docenti", derecho de enseñar, - nombre que entonces se diera a los diversos cuerpos de doctores consagrados a una u otra de las secciones de una enseñanza superior embrionaria - sobrevive también en nuestras complejas universidades. La Revolución Francesa, que suprimió las universidades arcaicas del siglo XVIII, lo hizo también con las Facultades para crear escuelas especializadas.

/Más tarde

Más tarde Napoleón restableció las Facultades pero mantuvo las escuelas: Ahora bien, las universidades latinoamericanas, de fuerte tradición francesa continúan sufriendo de esa ambigüedad histórica.

En ninguna institución docente se advierte con tanta nitidez como en la universidad el conflicto entre el peso de una tradición histórica cargada de irracionalidad y la tendencia a racionalizar sus estructuras elaborando un diseño rigurosamente lógico, de acuerdo con el nuevo estado del saber y las necesidades de la vida colectiva.

Siendo la universidad un organismo que tiende a enseñar la universalidad del conocimiento, su organización en Facultades, para que fuera lógica, efectiva y vital, debería corresponder a una clasificación de las ciencias o a una división del saber técnico que sirve de fundamento a las profesiones y a las ocupaciones. Así lo sugería ya, para una reorganización de las universidades latinoamericanas, hacia 1892, el chileno Valentín Letelier, cuando anotaba que "... formada sin plan sistemático a medida que los conocimientos se han desarrollado, la organización de las universidades no concuerda con ninguna clasificación razonable de las ciencias y las artes. Fuera de las facultades de enseñanza especial, las ciencias abstractas y las concretas aparecen entremezcladas, inamalgadas, acumuladas anorgánicamente. Las facultades mismas funcionan independientemente, sin conocerse, sin tener idea de los lazos de afinidad y parentesco que las ligan, unidas sólo por el decreto que les ordena vivir en una misma casa". Y de acuerdo con las grandes líneas de la clasificación comtiana proponía una organización científica de la universidad sobre la base de no más de seis o siete facultades.

Desgraciadamente, esa condición anorgánica se ha mantenido: Como las universidades tienden a crecer en cuanto a su cuerpo y sus funciones, ellas siguen aspirando, entonces, a proliferar en facultades, cuyo significado no condice con tales antecedentes lógicos de organización, sino más bien con situaciones transitorias e intereses personales expresivos de un movimiento centrífugo que atomiza las corporaciones, sin la correspondiente reacción centrípeta que integre en una sola unidad los órganos así diferenciados.

/Por lo



Por lo demás, la idea de universidad y jerarquía de sus funciones repercute sobre los órganos de realización atribuyéndoles un valor y significado diferentes. Mientras la función profesional prevaleció como dominante, la estructura universitaria central fue la de las escuelas. Y de ahí su peligrosa tendencia a transformarse en facultades. Pero, desde el momento en que se destacan y adquiere valor la nueva función de adelantar la ciencia, los institutos de investigación entran a competir con las escuelas en volumen, dignidad y jerarquía, aspirando, a veces, a convertirse en el centro de toda la labor universitaria.

¿En torno a qué núcleo se configurará definitivamente la universidad: las ciencias o las técnicas? Según que se opte por uno u otro de los dos términos - o bien que se establezca entre ellos una coordinación armoniosa - tendremos un sistema de organización y administración muy diferentes.

Bien se advierte que lo que se discute bajo la especie de una u otra forma organizadora es el problema lógico de la división del saber o problema de la clasificación de las ciencias.

En todo caso, no debe olvidarse que estas estructuras técnico-administrativas (facultades, etc.) son simplemente medios al servicio de los fines de la universidad, que ellas valen sólo en la medida en que permiten conseguirlos, y que los asuntos de organización dependen de condiciones estrictamente regionales que no pueden generalizarse o racionalizarse a voluntad, según las exigencias de un diseño puramente lógico. Nada más nocivo, en estos casos, que el trasplante aislado de estructuras extrañas, sin que se modifique el resto de las instituciones. Por eso, detenerse inmoderadamente en ellas, como factores determinantes, sería, tal vez, una discusión inoficiosa.

## 2. Los planes y programas

Los planes y programas, son inseparables de los métodos y formas de trabajo, y, por ende, del régimen de estudio. En Latinoamérica, por lo común, la enseñanza universitaria se encuentra organizada sobre una base anual, lo que resta flexibilidad y posibilidades de diversificación y enriquecimiento a los planes y programas. Esta es una de sus grandes diferencias con la universidad norteamericana, tan ágil y rica en materias de estudio.

Las primeras Jornadas Internacionales de Pedagogía universitaria recomendaron, a título experimental, la organización de los planes de estudios sobre la base de un régimen de semestres. También cursos a diversos niveles, desde el introductorio hasta los de especialización, con el objeto de permitir una mayor flexibilidad en los planes y programas.

Es obvio que planes y programas son medios que traducen los fines de la universidad.

Desde este punto de vista uno podría preguntarse si, en lo que se refiere a la enseñanza, ellos cubren todo el orbe del conocimiento en una tentativa de superar los desniveles que nos definen como pueblos atrasados. Ya hemos tenido oportunidad de comprobar que ello no es así y que el panorama del saber se presenta mutilado y trunco, dirigido por una concepción utilitaria de la universidad.

En general, los planes y programas de estudio son adecuados en lo que se refiere a la preparación para el círculo de las profesiones liberales clásicas, aún cuando el mundo de las ocupaciones debería enriquecerse o escindir-se en muchas otras nuevas y más breves, como ya tuvimos oportunidad de señalarlo. Sin embargo, rara vez contienen asignaturas destinadas a dar una formación cultural a los especialistas: se piensa, erróneamente, que ésto correspondió en forma definitiva a la enseñanza secundaria. Por lo tanto, la tarea de dar una educación liberal o humana al círculo de sus alumnos regulares, no se encuentra traducida en los planes y programas de la universidad.

La libertad de cátedra implica que el profesor puede moverse con cierta flexibilidad frente a los programas. Semejante libertad académica, que algunos podrían interpretar en un sentido anárquico, no se opone a una planificación del trabajo universitario, que ojalá se verificara anualmente, para incorporar y discutir con regularidad sugerencias, innovaciones y progresos. A menudo se señala el anquilosamiento de los planes y programas su carencia de flexibilidad para incluir opciones de materia, el hecho de que no ofrecen margen para promover la investigación científica, y, sobre todo su formalismo en cuanto a través de ellos no se consideran los problemas vitales del país.

### 3. Las formas de trabajo

En una universidad se dan fundamentalmente dos tipos de trabajo: la exposición del profesor, que inicia a sus oyentes en una determinada materia, y la participación activa del alumno en la conducción de los temas, - laboratorios, seminarios, etc. Por lo general, en la universidad latinoamericana - sobre todo en algunas de sus escuelas - se ha abusado de la forma expositiva de trabajo, bajo la especie de la clase conferencia, en que el alumno tiende a permanecer pasivo. Entre los usos de la universidad renovada, en la mayoría de nuestros países, se aspira a introducir con gran vehemencia su indispensable contrafigura: la actividad personal del alumno en el proceso del aprendizaje, bajo las diversas formas metodológicas que ella pueda asumir.

Tales tendencias son recomendables, sanas y plausibles.

Sin embargo, poseídos por un raptó de ferocidad reformista algunos innovadores llegan a sugerir que la clase conferencia es inútil y que debe desaparecer de las prácticas universitarias. Como antes se establecía una antinomia entre la enseñanza y la investigación, ahora tiende a crearse una nueva entre la clase conferencia y el seminario. Parece innecesario rectificar afirmaciones semejantes, en países donde la tarea de enseñar guarda aún tan considerable significado. La enseñanza, como ya lo dijimos, no tiene por qué interpretarse como una mera transmisión pasiva del saber: puede y debe ser también, una reconstrucción activa de sus contenidos. Pero todo esto pertenece al campo de una pedagogía de la enseñanza universitaria, estudio que a veces se diría inaccesible para muchos profesores de la enseñanza superior.

La moderna tendencia, llena de simpatía y vigor intelectual, se expresa especialmente en la creación de grupos de estudio y seminarios. En la nueva universidad latinoamericana, el recién introducido seminario tiende a ponerse, cada vez más, a la orden del día. Sin embargo, conviene mantenerse vigilante porque la labor del seminario es grave y seria. El snobismo y cierto culto de la irresponsabilidad podrían adulterarlo en su valiosa esencia. Es lícito indagar si se hace en ellos una verdadera

/labor de

labor de seminario, en el sentido estrictamente europeo del término. ¿Y de cuántos, que auténticamente lo sean, puede participar, en verdad, un alumno? Por lo demás, el seminario, como forma superior de trabajo en la universidad, debería encontrarse a cargo de los profesores más capacitados, maduros y responsables. No siempre ocurre así. Por una incomprensión de su sentido, a veces se confía a ayudantes o profesores sin gran experiencia. El informe sobre los seminarios de filosofía en Alemania y Francia presentado recientemente por el profesor uruguayo Juan Llambías de Azevedo, es altamente ilustrativo para una confrontación con lo que a este respecto se viene verificando en las distintas universidades de Latinoamérica.

En todo caso, las formas de trabajo son también medios y no fines. Su calificación definitiva dependerá, en último análisis, de su adecuación a tales fines. Identificar la reforma de la universidad con la introducción de uno u otro de los nuevos procedimientos de enseñanza, sería pecado de candoroso pedagogismo.

Pero, es obvio, debe establecerse una justa dosificación entre las formas del trabajo universitario a que aludimos, a fin de evitar perturbaciones y desequilibrios que pueden repercutir sobre el cumplimiento de las tareas centrales de la corporación. Este dominio práctico que es el de una metodología de la enseñanza universitaria, se ofrece rico en problemas y sugerencias que deben abrirse camino cuanto antes.

#### IV. LOS ELEMENTOS HUMANOS SOBRE LOS CUALES DESCANSA LA UNIVERSIDAD

La universidad es una idea que debe ser pensada, una armazón de estructuras técnico-administrativas, duras o flexibles, que orientan las conductas, pero ella es también una interacción entre seres humanos singulares y concretos. Apenas si es necesario recordar que las ideas son pensadas por semejantes hombres y las estructuras técnico-administrativas utilizadas por ellos. Por lo tanto, todo va a depender en gran parte, de la adecuada conducta que observen los elementos humanos que componen la universidad. Ahora bien, es sabido que el ambiente condiciona de una manera importante la calidad del material humano - autoridades, profesores y alumnos. Al lado de su idea lógica, que se enuncia en un sistema de fines y sirve de asunto para disertaciones teóricas, existe lo que el filósofo español hubiera llamado la universidad de carne y hueso. La corporación de profesores, alumnos y egresados se exhibe, entonces con todas sus tensiones vitales en un inestable equilibrio de similitudes y discrepancias, concordia y discordia, contacto e incomunicación. Si la esencia de la universidad consiste en ser un diálogo, no puede desconocerse que, en muchas ocasiones, ella ha sido un diálogo entre sordos.

##### 1. Los alumnos

Examinemos primero la componente alumnos.

##### a) Sobre el alumno latinoamericano

No es posible considerarlos en abstracto, como cifras estadísticas o unidades ideales, sino como centros concretos de vida y experiencia, en cada uno de los cuales se verifica un cruce de círculos que los presiona y determina: una familia, de tradición diversa, localizada en el corazón de la gran urbe, la ciudad provinciana o el caserío agrícola; una clase social con sus principios, valores y niveles de vida; un partido político que impone consignas; una iglesia que aspira a disciplinar las conductas, etc. Con el estudiante penetra en los claustros la vida de afuera, el

/inconfundible aire

inconfundible aire latinoamericano, explosión del impulso, discontinuidad y capricho o inmutable tradición y automatismo, una existencia inorgánica, desorbitada, mundo de inercia o de tensiones, una materia humana heterogénea, rebelde y contradictoria. El trabajo de la enseñanza sistemática, en cuanto incorporación de la juventud a una disciplina de pautas y formas, no va a ser siempre cómodo y sencillo. A veces los instintos derrotan a las instituciones: se afirma como una resistencia para introducirse en un sistema de formas.

El estudiante latinoamericano no es el europeo ni el estadounidense. Su psicología es distinta, porque procede también de una sociedad diversa cuyos círculos y funciones no se hallan bien diferenciados. Ya dijimos que podía observarse una cierta similitud con el de las universidades medievales. Para una galería de formas de vida estudiantil en Latinoamérica habría que recurrir a evocaciones admirables, como, por ejemplo, "El Estudiante de la Mesa Redonda" del colombiano Germán Arciniegas, o a la nutrida documentación histórica del argentino Gabriel del Mazo, en sus estudios sobre la Reforma Universitaria, fundamentalmente el material iconográfico, que nos hace respirar de inmediato en una atmósfera peculiar. Ahí pueden observarse rostros, indumentarias, actitudes, junto a escritos de tono mesiánico, lo cual nos introduce en ese mundo de fervor "sui generis" a que aludíamos en páginas anteriores. Antología y album de una época crítica, examinándolo se comprende mejor lo que expresa Arciniegas: que en sus luchas del último tiempo América se ha expresado sucesivamente en "los bandidos, los políticos y los estudiantes".

b) Alumno y universidad

¿Por qué va el joven latinoamericano a la universidad? ¿Qué busca y qué piensa encontrar en ella? ¿Por qué no se incorpora de inmediato a las faenas productivas, industriales o agrícolas, como se le recomienda insistentemente desde ciertos ángulos? ¿Qué significa esta creciente búsqueda del saber y de la cultura en las aulas universitarias?

/No puede

No puede responderse a estas preguntas sin mencionar un rasgo notable que singulariza toda la enseñanza latinoamericana, desde la elemental hasta la universitaria: el fenómeno de la gratuidad.

La fe en las posibilidades de la educación sistemática como métodos para transformar la vida colectiva es un rasgo que, heredado de la filosofía de la Ilustración, perdura en nuestro repertorio de creencias. Correlativamente, la gratuidad de todos los grados escolares se encuentra asumida como un principio director de la existencia latinoamericana, casi un dogma de justicia social sobre el cual no es fácil discutir objetivamente.

Lo que ocurre es que el único capital de que puede apropiarse el joven pobre - la tierra ya está ocupada, el comercio y la industria tampoco son accesibles - es el que representa una profesión liberal: enseñanza gratuitamente por el Estado. El Estado que se resiste a la reforma agraria, que no impulsa en forma adecuada la industrialización, ha dejado libre el acceso sólo a una fuente de riqueza personal: la cultura, distribuida, gratuitamente por la escuela secundaria y la universitaria, (claro está, que nunca en la medida en que lo requieren nuestros países subdesarrollados).

¿Por qué va entonces el estudiante a la universidad? Si es rico, porque tradicionalmente ciertas carreras liberales - sobre todo la de abogado - constituyen la mejor vía de acceso a las grandes funciones públicas y conquista del poder político. Si es pobre, porque es el único camino que le está abierto para vivir con dignidad y decoro.

¿Qué busca en la universidad? Fundamentalmente, dos cosas: a) una profesión que le permita ganarse la vida y b) una cultura que le permita comprender su mundo. En Latinoamérica - para quienes no tienen haciendas, minas, comercios ni industrias - el decoro de la vida comienza con la cultura y la profesión que ofrece gratuitamente la universidad, y que les hará posible acceder a las grandes funciones públicas del Estado. Por eso, insinuar siquiera que ella podría ser pagada, crea graves resistencias emocionales en todos los círculos. Los inmigrantes, concededores del precio que en sus países de origen deberían pagar por los estudios secundarios y universitarios, aprovechan ampliamente de este privilegio.

/Suele afirmarse

Suele afirmarse que únicamente los ricos tienen acceso a la Universidad. Ello no es siempre efectivo. Aunque no disponemos de estadísticas exactas, creemos que el porcentaje de jóvenes pobres que se forman a través de los estudios superiores - no necesariamente hijos de obreros ni de campesinos - constituye una cifra apreciable. Por lo general, la universidad latinoamericana no es una institución que declare una concepción aristocrática de la vida.

De esta manera se va a producir una curiosa evolución en la sociabilidad de algunos países latinoamericanos: un notable desequilibrio entre la riqueza y la cultura. Es sabido que una clase social se define comunmente por determinado nivel económico solidario de un cierto nivel de cultura. Las clases medias, formadas por la enseñanza secundaria y la universidad, han accedido seriamente a la cultura, pero el nivel de vida material, en muchos de sus integrantes, es a menudo precario. En cambio, las viejas clases patricias y las nuevas oligarquías financieras, dueñas del poder económico, exhiben con frecuencia una cultura ornamental y arcaica o bien carecen de ella. Se produce entonces un divorcio entre los dos factores correlativos de la riqueza y la cultura. Las clases medias, concientes de su valor intelectual, reclaman niveles superiores de vida y aspiran al poder político y económico. Las clases tradicionales, concientes de ese desequilibrio y rebeldía engendrados por el saber y la cultura, suelen desconfiar de la segunda enseñanza, y también de las universidades, en las que sólo ven centros donde se gradúan "aprendices de revolucionarios".

c) Sobre el gobierno universitario

Desde sus primeros manifiestos reformistas la juventud universitaria argentina reclamaba un gobierno "estrictamente democrático" y sostenía que el "demos universitario, la soberanía, el derecho a darse el gobierno propio, radica principalmente en los estudiantes". Ulteriores elaboraciones hablaban de la universidad y de sus tres estados - profesores, estudiantes y egresados - como depositarios en plenitud de esa soberanía. Con igual representación se eliminaría "la posibilidad de predominio de alguno de ellos en los consejos directivos o cuerpos colegiados que se formen".

/Para ello



Para ello "deberían separarse completamente las funciones directivas y administrativas de los electorales".

El tema ocupará, durante largo tiempo, el escenario principal de las universidades y se resolverá en fórmulas representativas de proporción diversa. El co-gobierno, como suele decirse a veces, es lo que da a las universidades latinoamericanas un aire de originalidad que no presentan, desde este punto de vista, las europeas, norteamericanas, ni aún las rusas. ¿De dónde procede esta notable estructura? Algunos la fundamentaban en sus raíces medioevales y aludían a la célebre "corporación de maestros y alumnos" que fue la universidad en su estado naciente. Otros subrayaban lo que implica la realización de una moderna democracia universitaria y aspiraban a encontrar los cuadros propios de una república del saber. En verdad, la idea autocrática de que la universidad es unilateralmente de los profesores, tenía que acarrear como contrapartida revolucionaria, la afirmación de que ella pertenece, en primer lugar, a los alumnos. Ambas ideologías militantes se elaboraron después menudamente. Pero no se destacó, tal vez, de una manera suficiente, que la universidad no pertenece a los profesores ni a los estudiantes, sino a la nación, que la ha instituido para que se cumplan en ella altas tareas de investigación y cultura y que sólo en la medida en que sus integrantes se ponen al servicio de esas funciones tienen derecho para continuar exigiendo algún espacio en los recintos universitarios.

La participación de los estudiantes y la función de los egresados no se entiende de la misma manera en todas las universidades. En algunas, por ejemplo, en la de Chile, se reconoce el derecho de los alumnos a intervenir en el régimen interno de las escuelas universitarias, fundamentalmente en lo que dice relación con asuntos de su propio bienestar, pero existe una resistencia para admitir que se les pueda dar derecho a opinión y, sobre todo, a resolución en los difíciles problemas técnicos referentes al gobierno de la universidad. En lo que se refiere a los egresados, se entiende que ellos podrían constituirse a lo largo del país como útiles "sociedades de amigos", o inteligentes cooperadores de la institución, /pero se

pero se estima que no forman parte integrante de la universidad sino cuando regresan a sus aulas, lo que puede ocurrir bajo las dos únicas especies posibles: o en calidad de profesor para servir alguna cátedra o en calidad de alumno para matricularse en las escuelas de temporada.

En la Argentina, que es el país donde más se ha insistido sobre este asunto, no parece tampoco existir unanimidad de pareceres. Así, por ejemplo, mientras que unos estiman "que ya existe un clima de comprensión y experiencia suficiente como para que el régimen tripartito e igualitario tome estado definitivo, como corresponde a la originalidad de las instituciones universitarias argentinas, nacida de nuestra mejor tradición democrática", en cambio, otros notan que "diversos hechos acaecidos en algunas universidades, desde 1958 hasta el presente, son poco alentadores y corroboran un juicio pesimista acerca de la llamada forma tripartita de gobierno". Subrayan que "la breve experiencia ha sido concluyente para demostrar que, en muchas ocasiones, los estudiantes, con el apoyo de los egresados, se han impuesto numericamente sobre los profesores, logrando convertirse, en los verdaderos árbitros para la solución de los problemas universitarios", de tal manera que según dicen voces autorizadas "la universidad argentina atraviesa en esta hora una crisis profunda..."

Lo cierto es que la participación de los alumnos en el gobierno de la universidad significa la introducción de una difícil variable, que puede ser muy útil o nociva según cual sea la calidad intelectual y moral de las diferentes promociones estudiantiles. Ernst Robert Curtius, denunciaba, al advenir el nazismo, que Alemania había caído en una verdadera "psicosis de juvenilidad". Algo de esto ha acontecido también entre nosotros. Existe para muchos una "mística de la juventud" que puede ser tan inconsistente como las otras.

El problema no debería ser abordado con espíritu metafísico, como de ordinario se hace, bosquejando ideas y estructuras universitarias "a priori", de una gran coherencia lógica, puramente formal, sino con un espíritu realista que reconoce en los diversos modos de participación estudiantil simplemente un medio útil, de ninguna manera el fin absoluto de la universidad.

d) El estudiante y la asociación

De México a Chile los alumnos se organizan en federaciones y otras modalidades del sindicalismo estudiantil. Habiendo cierta ambigüedad en el status del joven, que es al mismo tiempo estudiante, ciudadano, miembro de alguna iglesia o militante de un partido, es muy comprensible que los temas de ese sindicalismo no sean exclusivamente de gobierno y política universitaria. Las inquietudes de la vida nacional repercuten tempestuosamente sobre sus organizaciones, y la división del país en partidos políticos tiende también a reproducirse en las formas que adoptan, a veces, las elecciones estudiantiles para designar a sus propios dirigentes o a las mismas autoridades de la universidad.

El Consejo Superior de la Universidad Central de Venezuela declaraba no há mucho (1960) a raíz de luctuosos sucesos, que "la universidad, como institución integrada fundamentalmente por jóvenes, ha vivido íntensamente la influencia inevitable de los diferentes factores que han incidido en la vida política general de la nación". Comprobaciones parecidas podrían hacerse en varias otras universidades.

Así, entonces, desde el punto de vista de los estudiantes, y, a veces, también de los profesores, se establecen ambigüas fronteras entre la universidad y la política. Las actuaciones que debieran cumplirse marginalmente por el individuo como miembro del partido político o de la iglesia, tienden a organizarse en grupos de presión dentro de la universidad misma, lo que puede adular y desnaturalizar sus propias funciones. En todo caso, la autonomía exige que la universidad no se transforme en sucursal de ningún partido político ni tampoco en agencia de ninguna confesión religiosa. Pero esto no equivale a decir que deba permanecer extraña al planteamiento de los grandes problemas nacionales ni indiferentes u hostil frente a la religión en cuanto forma superior de la cultura y la experiencia humana.

e) Selección y plétora

La selección del alumno que ingresa a la universidad plantea graves cuestiones.

Por lo general, el candidato lo hace premunido de su diploma de bachiller, grado universitario que se obtiene al final de la segunda /enseñanza. La

enseñanza. La super abundancia de los postulantes y el descenso de nivel en ese grado explican que la reforma del bachillerato sea un tema que suele hallarse a la orden del día en los países latinoamericanos por su doble nexo con la enseñanza secundaria y la superior.

Es sabido que la segunda enseñanza está creciendo en forma impresionante, lo que hace que las aulas universitarias se vuelvan estrechas. La plétora de alumnos es un problema común a nuestras universidades. Ello plantea, entonces, la necesidad de exámenes de selección, a la entrada de las grandes escuelas, lo que duplica y en parte inutiliza la función del bachillerato como grado universitario. Ese sentimiento de una frustración es frecuente en buen número de jóvenes que, a pesar de poseer su grado, quedan excluidos de la universidad.

Maña y elite", democracia y cultura, plantean así sus gravitantes problemas. El Doctor Chávez Sánchez, recientemente elegido Rector de la Universidad de México, decía al respecto: "Treintaicinco mil alumnos que se aprietan dentro de las aulas y los laboratorios de esta Ciudad Universitaria y veinticinco mil que se están preparando fuera en nuestras escuelas preparatorias para venir mañana. Ese torrente humano de sesenta mil jóvenes que se vierte sobre la universidad, lo compromete todo, lo ahoga todo. Si no encontráramos la fórmula, mañana serán ochenta mil, serán cien mil. Bien está que como mexicanos no podamos dolernos, sino, al contrario, regocijarnos de este aumento en el número de los que alcanzan grados superiores de la educación; pero como universitarios, como educadores, no podemos menos que mirar con dura preocupación, casi con espanto la plétora que nos ahoga y que amenaza transformar la educación individual en una educación de masas, impersonal, técnicada, antihumana".

Parecidas consideraciones podrían hacerse respecto a las universidades argentinas donde preocupa la desmesurada inscripción en el primer año y el ulterior problema de la deserción: "una estimación aproximada señala que solamente un veinticinco o treinta por ciento de los estudiantes que ingresan a las facultades logra obtener su título universitario".

/Otro grave

Otro grave problema argentino es el del estudiante crónico, "estudiante que permanece inactivo durante períodos más o menos largos o que es aplazado varias veces en algunas materias o dos o más veces en casi todas".

La superpoblación de algunas facultades en desmedro de otras, con olvido de las necesidades nacionales o regionales, se advierte en las preferencias estudiantiles, las que casi no se han modificado desde el año 1918 hasta nuestros días. Y así mientras en las actividades de explotación del subsuelo, o bien comunicaciones y transportes los porcentajes de los títulos universitarios en el período 48/57 alcanzan sólo a 0.917 y 0.74, respectivamente, en cambio, en los rubros de justicia (abogados, procuradores, escribanos, traductores, calígrafos) y en el de sanidad (médicos, odontólogos, farmacéuticos, bioquímicos, obstétricas, quinesiólogos) los porcentajes son de 13.18 y 46.43.

El matemático Julio Rey Pastor se preguntaba si "mientras el agricultor, el industrial y el ganadero arrastran vida difícil, rayaba a veces en la indigencia, y la múltiple losa de los impuestos gravita sobre las clases productoras, ¿es mucho exigir que rinda frutos proporcionados esta inmensa planta que muchos juzgan parasitaria, y que el tronco debilitado ya no puede soportar?". Nosotros creemos que es perfectamente legítimo que, de tiempo en tiempo, la universidad de carne y hueso se considere como una empresa, medite sobre sus fines y proyectos, establezca el volumen de sus ejecutantes y recursos, estime objetivamente los rendimientos, en una palabra, que ella se reduzca a números y podamos visualizar alguna de sus principales características y tendencias.

Podríamos concluir, en lo que se refiere a este y otros aspectos que registra la presencia de los estudiantes, que hasta ahora la universidad latinoamericana ha sido unilateral e implacablemente selectiva, desde el punto de vista del estrecho círculo de las profesiones liberales clásicas. La necesidad de que ella se amplíe y haga generosamente distributiva hacia un mundo mayor de ocupaciones que deben alcanzar también dignidad universitaria, está comenzando recién a ser reconocida, en concordancia con la tendencia a una efectiva democratización de la enseñanza superior.

/f) Scbre

f) Sobre algunas reivindicaciones estudiantiles

Entre las reivindicaciones periódicamente declaradas por los alumnos se encuentran algunas, como, por ejemplo, la asistencia libre, la docencia libre, la creación de cátedras paralelas, etc. Es evidente que, al juzgarlas, lo primero que debe hacerse es reconocer su calidad de simples medios para la realización de una auténtica vida universitaria y no erigirlas en finés en sí, como indiscutidas entidades metafísicas.

Desde luego, existen algunas que, como la asistencia libre, no siempre pueden comprenderse bien. Si los estudios fueran pagados por los alumnos, lo más probable es que semejante asunto ni siquiera se planteara; pero, desde el momento en que se instituye gratuitamente una enseñanza para las profesiones y que sus costos pueden estimarse, parece que existiera el derecho, de parte del Estado, de fiscalizar si sus inversiones están siendo debidamente aprovechadas. Lo mismo podría decirse respecto a otras exigencias que, según cuales sean las situaciones de lugar y de tiempo, deben recomendarse o rechazarse.

Como ya lo dijimos, en lo que se refiere a asuntos de organización práctica, es necesario abandonar cada vez más el espíritu teológico y el metafísico-abstracto y considerar los problemas universitarios con un sensato espíritu realista o positivo de adecuación estricta a lo que sugieren los hechos y las cosas de nuestro mundo latinoamericano.

2. Los profesores

El profesor latinoamericano no es tampoco el europeo ni el estadounidense.

Se cruzan sobre él, como en el estudiante, la pluralidad de círculos sociales que definen las condiciones y urgencias de la vida latinoamericana. Ni su formación académica, ni el modo de reclutamiento, ni el tiempo consagrado a la docencia, ni sus remuneraciones económicas, ni su actitud frente a la vida son los mismos que en los profesores antes mencionados.

Mientras que la formación del maestro primario se realiza en las escuelas normales comunes, y la del secundario en los institutos pedagógicos, la formación del profesor universitario no se ha encontrado propiamente /institucionalizada. Un

institucionalizada. Un ancho margen de indeterminación ha permitido el acceso a la docencia superior de elementos que no siempre se habían preparado para ello.

La carrera del profesor universitario no existe aún, como labor perfectamente diferenciada en todas las Facultades. O, mejor dicho, ella se va formando lenta y penosamente mediante un sistema de exigencias académicas que se formulan con distinto rigor en los Estatutos Orgánicos y leyes universitarias de los diferentes países. Así, por ejemplo, la del Perú (1960) dice que "el ingreso a la docencia y el ascenso de una categoría a otra se harán por concurso de mérito o de oposición, teniendo en cuenta servicios docentes, idoneidad pedagógica, trabajos, publicaciones, títulos y demás calidades que se señalan en el Estatuto. Las universidades reglamentarán la carrera docente. Los profesores principales y asociados deberán tener grado de Doctor o el título profesional correspondiente y probada capacidad pedagógica...". Similares disposiciones se encuentran entre los Estatutos de otras universidades.

Por lo general, durante largo tiempo han ocupado las cátedras profesionales distinguidos en su especialidad (médicos, abogados, ingenieros, etc.) que no se habían preparado específicamente para la enseñanza universitaria. Por lo común, no eran investigadores ni podía decirse de ellos que hubieran recibido una cultura general moderna y profunda. Más que por la escuela se habían cultivado a través de la vida y aún cuando no siempre fuesen doctores, eran a veces efectivamente doctos. En la universidad latinoamericana que realmente existe -- lo que hemos llamado la universidad de carne y hueso -- es necesario reconocer los derechos del auto-didactismo, profesores que conocen muy bien su especialidad, y hacen un servicio a la juventud enseñando sus difíciles técnicas: lo cierto es que la universidad asigna al profesor un sueldo harto modesto que, en determinados casos, la industria duplicaría y triplicaría gozosamente. ¿Por qué enseñan entonces? Por auténtica voluntad de servir, por realizar una ignorada vocación pedagógica, por conquistar el prestigio que rodea a las tareas universitarias.

/Salvo en

Salvo en algunas facultades, como por ejemplo la de Filosofía y Letras, donde existe una tendencia a hacer de la enseñanza la carrera de la vida, el profesor latinoamericano raramente es de tiempo completo. Por lo común, atiende su propio trabajo profesional y dedica a la universidad un pequeño número de horas. Otras veces se ve obligado a servir asignaturas heterogéneas, que lo transforman en un vagabundo de la enseñanza y le impiden concentrarse y profundizar en el dominio de sus preferencias. No se crean tampoco, dentro de las aulas, las condiciones económicas o técnicas que hagan atractivo su trabajo. Mientras que el número de los estudiantes se duplica o triplica, el de los profesores no aumenta en la misma proporción. Tampoco los recursos materiales de aulas, bibliotecas o laboratorios, a los que hay que suplir con generosas improvisaciones. La tarea del profesor es muchas veces silenciosa, heroica y desconocida. "La cátedra universitaria ya no debe ser, como en los albores de la independencia, una ocupación suplementaria y una simple ayuda para el presupuesto casero - decía no hace mucho en la Argentina el matemático Rey Pastor -; hay que profesionalizar a los docentes si se quiere elevar su nivel científico; y mientras razones económicas obligen a los profesores a dispersar sus energías en ocupaciones heterogéneas hay que ir creando gradualmente, por agrupación de disciplinas afines encomendadas a quien ofrezca garantía de consagración, los eslabones de la nueva universidad....".

La estabilidad del profesor universitario cuando se trata de individuos efectivamente valiosos, es un problema que merece considerarse, a lo menos porque constituyen una inversión cuantiosa que nuestras débiles economías no pueden despilfarrar desaprensivamente. Ahora bien, ocurre que, si desde afuera presionan fuerzas que tienden a vulnerar la autonomía en lo que se refiere a inamovilidad de los docentes, desde adentro se producen las exigencias estudiantiles para establecer una cierta periodicidad en las cátedras, lo que no es siempre garantía de que continuarán los más aptos y dignos. "Para dignificar a la Universidad

/hay que



hay que dignificar al profesor, hay que darle como en los demás países garantías de independencia e inamovilidad. Hay que dificultar el acceso a la cátedra y también la separación de ella sin causa grave...", decía el mismo ilustre profesor.

Naturalmente, existe también el peligro del profesor que se enquista en una enseñanza formalista y muerta, indiferente al progreso de su propia especialidad y de espaldas al cambio en la vida de su país. Es el mal latinoamericano que denunciaron en un manifiesto célebre los estudiantes de Córdoba en 1917. Pero no es ese el sentido justo de la estabilidad del profesor. Al profesor hay que tomarle una póliza contra lo arbitrario, a la universidad, una garantía contra los deshonestos y los incapaces. Poco a poco sus leyes y reglamentos deben ir estableciendo mecanismos de progreso que, junto con asegurar la discreta eliminación de los ineptos, aseguren la absoluta estabilidad de los aptos y dignos, - condición sin la cual no puede existir la universidad.

La formación, conservación y correcto aprovechamiento del profesor es, pues, una de las más difíciles y urgentes tareas que tienen hoy día ante sí las universidades latinoamericanas.

En algunas argentinas, como, por ejemplo, la del Litoral, comienza a insistirse con fuerza sobre la necesidad de una pedagogía universitaria. Se han publicado varios volúmenes con el nombre sugestivo de Temas de Pedagogía Universitaria, a cargo del profesor Domingo Buonocore. Se recomienda, por lo demás, la creación de departamentos que lleven dicho nombre. En octubre de 1960 se realizaron allí las "Primeras Jornadas Internacionales de Pedagogía Universitaria" con la asistencia de delegados del Brasil, Perú, Uruguay y Argentina. El profesor Francisco Larrojo, de la Universidad Nacional de México, ha realizado también una contribución importante a ese mismo dominio.

Hemos dicho que el profesor latinoamericano no es el europeo ni el estadounidense. ¿Existe algún tipo de profesor cuyo temperamento y enseñanza se ajusten mejor a las modalidades y exigencias del alumno en nuestras universidades?

/En este

En este orden de interrogaciones no puede haber respuestas absolutas, pero se diría que el alumno latinoamericano tiende a coincidir mejor con los profesores capaces de suscitar entusiasmo, aptos para formar un círculo de discípulos, poseídos por un cierto "Eros pedagógico" o afán de comunicar el saber, -- no necesariamente retórica ni elocuencia formal -- los que podrían llamarse "maestros de vida", vale decir, aquellos en que la ciencia, penetrada de conciencia, sirve de orientación, inspiración y guía.

Ostwald había dividido a los profesores universitarios, según su temperamento, agilidad intelectual, gusto por enseñar, etc. en dos grandes tipos opuestos: los clásicos y los románticos. Más de una vez se ha dicho que el estudiante latinoamericano tiene una cierta preferencia por los profesores de tipo romántico, vale decir, los que se complacen en comunicar el saber. Convendría, entonces, meditar en algunas de sus recomendaciones: "Si la administración colocara cuanto antes a los jóvenes románticos en puestos donde pudieran enseñar sin trabas --por ejemplo, en cátedras de pequeñas universidades-- e inversamente diera a los clásicos bien dotados, plazas en las que se encontraran, hasta donde fuera posible, liberados de la obligación de enseñar, que no les gusta, no solamente concedería a unos y otros lo más agradable, sino que se podría esperar el máximo de ellos, tanto para la producción científica como para la enseñanza..." Y Ostwald subraya admonitivamente lo urgente que es tomar medidas de este género porque "el don de enseñanza de los románticos no es muy durable y desaparece en un momento, en que el organismo tiene aún para el trabajo una energía desbordante."

Como entre los alumnos, comienzan a advertirse también entre los profesores universitarios de algunos países los gérmenes de cierto gremialismo. No se trata de clubes destinados a favorecer la sociabilidad entre sus miembros, sino de organizaciones que aspiran a defender los derechos del profesor en su cátedra y las funciones permanentes de la universidad: Así, por ejemplo, el grupo de profesores que en 1945 echó

las bases para una "Asociación de Profesores de la Universidad de Chile" cuyo manifiesto decía: "...La Universidad ---con mayor premura que la enseñanza primaria y secundaria, cuya necesidad y eficacia son evidentes por sí mismas aún para la comprensión de las mentalidades más limitadas,--- requiere de un órgano de acción que, fuera de las aulas, resguarde obstinada y noblemente su integridad, sus funciones y su espíritu. Ningún género de institución educativa tiene que luchar tanto como la universidad -- de una manera tan persistente y denodada--- contra la hostilidad e incomprensión del ambiente. Las tareas superiores de adelantar la ciencia y extender la cultura son difícilmente comprendidas, no sólo por el público de nuestro país, sino por el de la mayoría de las naciones hispanoamericanas. Ello no es extraño: las sociedades jóvenes, como las nuestras, en que los individuos se hallan absortos en la rápida conquista del prestigio social o de la retribución económica, tienden a colocar una nota de menor valía sobre esas funciones, y, lo que es peor, a imponer una orientación practicista que desnaturaliza la esencia misma de nuestro trabajo".

### 3. Las autoridades

Rectores, Consejeros, Decanos, he ahí algunos nombres para designar diversas formas de la autoridad y grados de la jerarquía dentro de la educación superior. Ellos corresponden a ciertas funciones permanentes, pero también a ciertos funcionarios transitorios, hombres de carne y hueso que el ambiente moldea de una manera peculiar.

¿Qué condiciones habrían de fijarse para ser Rector de una moderna universidad latinoamericana? ¿Cómo representárselo: un administrador, un político o un universitario, en el sentido propio del vocablo?

Si consultamos algunos de los textos legislativos ---por ejemplo, la Ley Universitaria del Perú--- encontramos que, para ser elegido Rector "se requiere ser peruano de nacimiento, ciudadano en ejercicio y profesor principal por más de diez años de servicios efectivos en la docencia universitaria". La de Venezuela, abundando en los mismos conceptos, exige que sea ciudadano venezolano por nacimiento, de elevadas condiciones

/morales, que

morales, que posea título de Doctor de Universidad del país, que tenga suficientes credenciales científicas y profesionales, y haya ejercido con idoneidad funciones docentes o de investigación en alguna universidad, durante cinco años, por lo menos". La Ley Orgánica de la Universidad Nacional de México exige "haberse distinguido en su especialidad, prestar o haber prestado servicios docentes o de investigación en la Universidad o demostrado en otra forma interés en los asuntos universitarios y gozar de estimación general como persona honorable y prudente".

Estas son algunas de sus formulaciones ideales: Podrían complementarse con similares textos de otros estatutos universitarios.

La imagen que fluye de muchos de los textos legislativos y de la conciencia universitaria común parecen sugerir: Ni un administrador ni un político, sino, más bien, un graduado eminente de una "casa de estudios": un verdadero universitario.

En todo caso, parece repugnar al espíritu latinoamericano la tendencia a concebir la universidad como una empresa, y subrayar demasiado en ella las funciones burocráticas de administración a expensas de las de orientación y dirección. Algunos piensan que ello equivaldría a degradar y disminuir la dignidad del espíritu universitario. Entonces declaran lapidariamente, en un raptó de furia contra la tradición burocrática, que las ferias, las bolsas de comercio, los cementerios pueden tener administradores, pero la universidad debe poseer rectores, vale decir, maestros de vida que orienten y dirijan. Tampoco es muy simpática la idea de que el rector sea un gran personaje político o funcionario que se haya distinguido en otras actividades de la vida nacional. Siempre existe el temor de que utilice la universidad y sus recursos como un instrumento para sus propias finalidades extra-universitarias.

La elección de autoridades (Rectores, Decanos) se realiza de acuerdo a disposiciones de los respectivos estatutos universitarios. En la Universidad de Venezuela la elección del Rector, Vice-rector y Secretario se hace cada cuatro años por un claustro que integran: 1°.- los profesores /asistentes, agregados,

asistentes, agregados, asociados, titulares, honorarios y jubilados; 2°.- los representantes estudiantiles de cada escuela (un representante por cada cuarenta alumnos regulares y uno por fracción superior a diez) y 3°.- representantes de los egresados, (cinco egresados por cada facultad universitaria).

Disposiciones parecidas se registran en los estatutos de varias otras universidades latinoamericanas. En la Universidad de Chile, en cambio, según tradición que por largo tiempo se ha revelado eficaz, sólo los profesores miembros de Facultades tienen derecho a la elección de Decanos y Rectores.

Es obvio que el ejercicio de la democracia, bajo la forma de elecciones en que participan los tres estados que constituyen el gobierno --profesores, alumnos y egresados-- es propicio a toda clase de agitaciones demagógicas que desnaturalizan a veces la esencia de la universidad. El matemático Rey Pastos hablaba hacia 1930 del "frenesí electoral" que constituía entonces la atmósfera común de la Universidad argentina y que no ha desaparecido por completo de otras universidades latinoamericanas: "Las elecciones de autoridades llenan entre nosotros el ámbito académico; y tan reiterado funcionamiento ha engendrado la convicción de que la institución de los consejos y las consiguientes elecciones son consustanciales con la vida universitaria. Razona ingeniosamente Jeans en su último libro cómo un marinero rústico puede llegar a creer que el Universo está hecho para que él pueda construir nudos; y cualquier espectador nada rústico puede llegar a creer que la Universidad ha sido creada exclusivamente para que en ella haya elecciones. Como emblema debiera adoptarse este doble artefacto, casi desconocido en las demás escuelas del orbe: el bolillero y la urna".

Producto de esa triple generación interna, las autoridades (Rectores, Decanos) tienen frente a sí una delicada labor. Desde luego, una de las misiones de toda autoridad es mantener el orden. Ahora bien, es sabido que  
/el orden

el orden nace del respeto a las jerarquías naturales y órbitas propias en que deben girar los distintos elementos que integran la universidad. Nada podría ser más nocivo para el verdadero espíritu democrático que una interpretación de sus principios y valores como un "igualitarismo" vulgar. Uno podría preguntarse hasta qué punto es justa la afirmación de que muchas universidades latinoamericanas se encuentran hoy día "desorbitadas". Un distinguido profesor argentino aludía recientemente a una "crisis del respeto" en algunas de ellas: "¿Hasta qué punto podría sostenerse que la crisis actual de varias universidades latinoamericanas es una crisis de autoridad?"

De aceptarse semejante sugestión, ello conduciría a revisar las bases generadoras de la autoridad universitaria, vale decir, la forma tripartita de gobierno que, en todo caso, no debería considerarse como un intangible absoluto metafísico, sino, simplemente, como un modo de organización, un medio —adecuado o no según las regiones y circunstancias — para que se cumplan los fines esenciales y funciones permanentes de la universidad, que son, en último análisis, la única medida invariable de todas las cosas universitarias.

## V. CONCLUSIONES

En las páginas anteriores hemos examinado la idea de Universidad, sus estructuras técnico-administrativas y los elementos humanos que la constituyen. Hemos tratado de mostrar la íntima solidaridad que une a estos tres aspectos.

De dichas reflexiones se desprende una serie de interrogantes que podrían formularse así:

1. ¿Qué amplitud y qué orientación hacia los problemas de nuestra propia realidad convendría darle a la función de investigación científica en la universidad latinoamericana?
2. ¿Cómo podría ensancharse el círculo tradicional de las profesiones liberales clásicas, mediante la creación de un conjunto de carreras cortas que preparen para nuevas tareas y dignifiquen otras formas de trabajo en la actual existencia de nuestros países?
3. ¿De qué manera podría realizarse la educación liberal, cultural y humana de los alumnos regulares de la universidad para contrapesar las limitaciones nocivas del especialismo profesional?
4. ¿Bajo qué forma debería cumplirse la función rectora de la universidad en la moderna planificación de la vida nacional y continental?
5. ¿Cómo entender la tarea de extensión universitaria, en cuanto instrumento de lucha contra el medio, y cómo utilizarla para hacer progresar sus niveles?
6. ¿En qué sentido convendría redefinir el concepto y la práctica de la autonomía universitaria?
7. ¿Cómo determinar, de manera objetiva, en relación con los factores demográficos, geográficos, necesidades regionales, etc. el número de universidades que puede soportar honorablemente un país latinoamericano, sin mengua de lo que debe ser la enseñanza superior?
8. ¿En qué sentido convendría revisar los métodos y formas de trabajo de la universidad para que, junto a una correcta trasmisión del saber, se produzca una participación activa de los alumnos en su elaboración y creación ?

9. ¿Qué es lo que ya ha muerto y qué es lo que aún permanece viviente en el llamado problema de la "Reforma universitaria" en Latinoamérica?
10. ¿En qué sentido habría que modificar algunas de sus estructuras para que la universidad se transforme en un ambiente verdaderamente educativo desde el punto de vista intelectual y moral?
11. ¿En qué formas y aspectos concretos sería más eficaz la participación de los alumnos y de los egresados en el gobierno de la Universidad?
12. ¿Qué disposiciones sería necesario adoptar para una correcta formación del profesorado universitario y para una organización regular de la carrera respectiva?
13. ¿Qué medidas prácticas deberían introducirse para mejorar la asistencia económica y social del estudiante?
14. ¿Mediante qué órganos podría establecerse una efectiva cooperación interuniversitaria en el plano regional y continental?